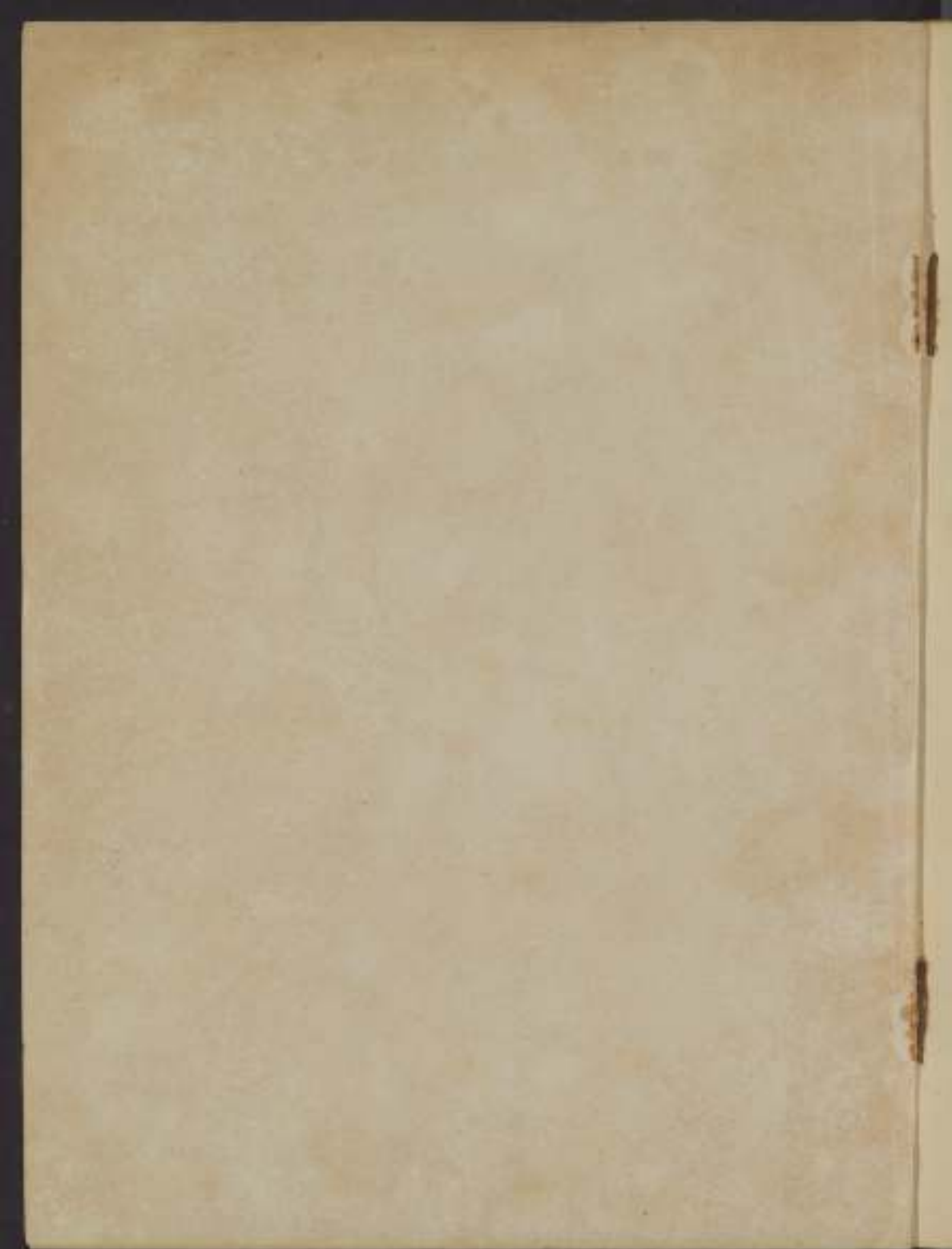




DOUGLAS
FAIRBANKS Jr.
MAUREEN O'HARA
WALTER SLEZAK
DIRECTOR
Richard Wallace



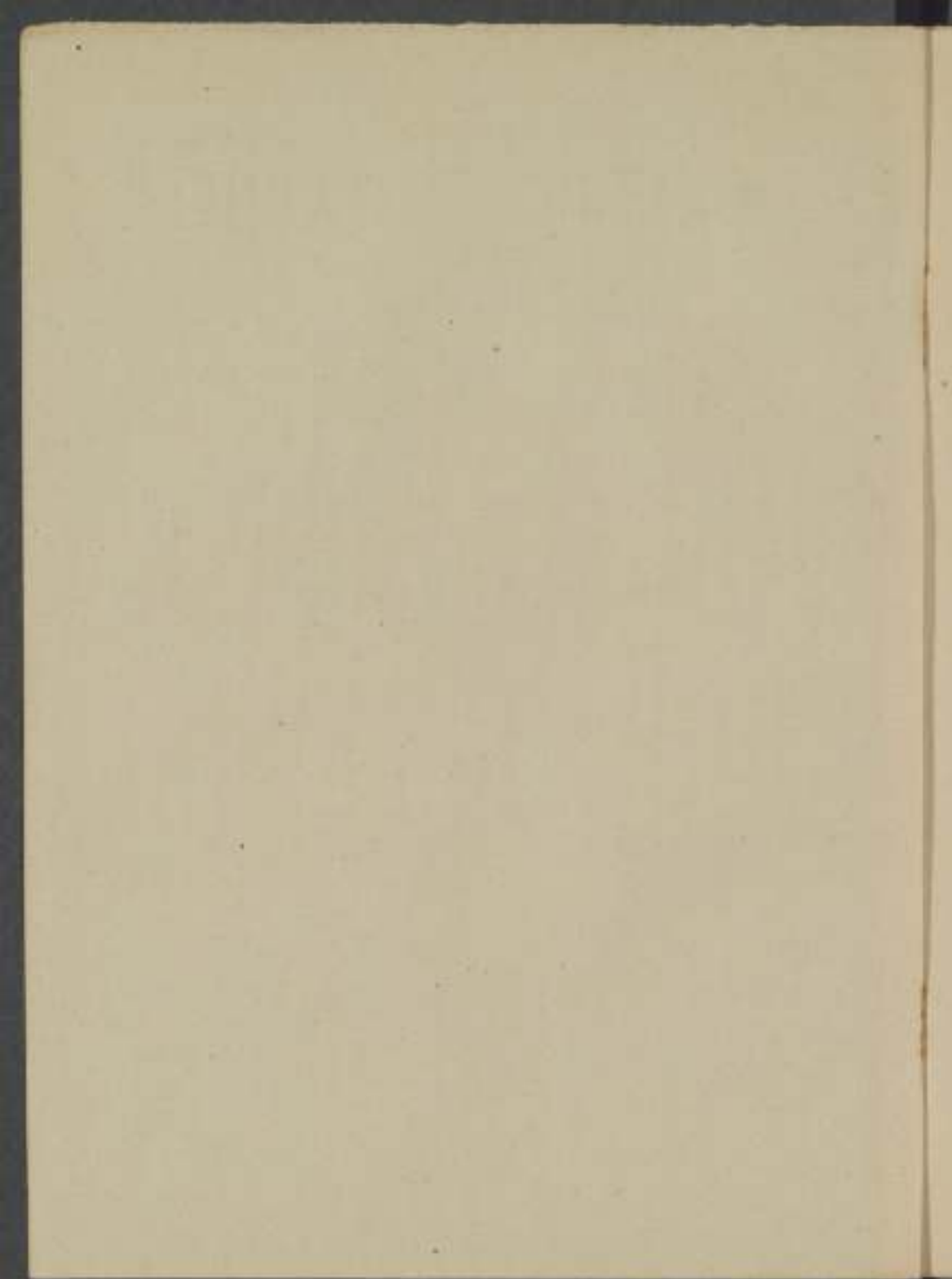
★ **SIMBAD EL MARINO** ★



Canto 10
17E

2517

SIMBAD, EL MARINO



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

SIMBAD, EL MARINO

Magnífica producción en technicolor (color)

Guión cinematográfico de
JOHN TWIST

Argumento original de
JOHN TWIST y GEORGE WORTHING YATES

Producida por
STEPHENS AMES

Dirigida por
RICHARD WALLACE

Es una película



PRINCIPALES INTERPRETES

Douglas Fairbanks, Jr. - Maureen O'Hara - Walter Slezak
Anthony Quinn - George Tobias - Jane Greer - Mike Mazurki
Sheldon Leonard - Alan Napier - John Miljan - Barry Mitchell

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Simbad, el Marino

ARGUMENTO DE LA PELICULA

¡Oh, nobles señores, oh hermanos, oh maestros...! Sabed que en los tiempos del Califa Harum Al Rashid, vivía en las doradas orillas de Persia un hombre aventurero llamado Simbad el Marino. Extraños y maravillosos eran los cuentos que narraba de sus múltiples viajes, pero... ¿quién supones que le confirió inmortalidad? ¿Quién extendió la gloria del nombre de Simbad, más que la de cualquier hijo de Alá...? ¿Quién, hermanos...?

El mismo os lo narrará... Escuchad sus palabras...

— ¡Conocedme, hermanos, por la verdad de mis relatos! — explicaba Simbad, que colocado en medio de un círculo de marinos, junto al muelle, en una noche clara y serena, alumbrados por la gran fogata que ardía en el centro del círculo, con grandes gestos y voz

melodramática, les explicaba la maravilla de sus andanzas y la mágica belleza de sus viajes siempre llenos de interés y de sorpresas—. ¡Soy Simbad el Marino... y cuanto os digo, por los oídos del Profeta puedo juraros que es verdad! Allá, ante mí, en aquella isla desolada, yacía un objeto redondo, blanco como el mármol. A mis ojos semejaba aquello una gran montaña, pero no era más que el huevo del pájaro gigantesco llamado el "Ruc". Y de repente, imaginase el ruido de unas alas de tal magnitud que el firmamento quedaba cubierto con su obscuridad... Yo cogí una gran roca... ¡un pigmeo osando desafiar algo formidable con una piedrecita!... Mi suerte estaba predestinada... Esperé... Un rápido envolvimiento dentro de aquel fenomenal pico... un viaje doloroso por el gaz-

nate del monstruo... ¡y quedar allí olvidado dentro de la caverna infernal de aquel buche! ¡Pero no...! ¡Fué algo tan maravilloso como el milagro de la maternidad! El "Ruc", queridos hermanos, se fué a pasar sobre su huevo...

—Entonces tú te agarraste a la pata de aquel monstruo volante y le trajó sano y salvo a Persia — comentó con desdén uno de los que estaban escuchando—. Esta es la historia de tu segundo viaje... ¡y la has contado ya muchas veces!

—Pero es rigurosamente cierta — afirmó Simbad, haciendo un grande y majestuoso gesto.

—Y tus siete viajes son multiplicados como los siete ecos que son devueltos al que habla. ¡Vaya unos viajes tan maravillosos!

—¿Y por qué no han de serlo? —dijo de nuevo Simbad, abriendo los brazos y agitándose de un lado a otro para convencer a los que le escuchaban—. Simbad es un marino asombroso, un viajero ciudadano de los más diversos mares, Visir Honorario del Rey de Wak, Plenipotenciario de la Corte de Samarkand, ungido Primer Marino del Reino del Rey de los Reyes, nuestro Califa de Bagdad...

—¿Y nada más? — le preguntó Dover con ironía, burlándose de

la desbordada imaginación de Simbad.

—¿Te parece poco para un paria sin hogar? ¡Un pobre marinero que ni siquiera podía recordar su origen! Pero no es eso todo... Había muchas glorias y muchos títulos de los cuales olvidé los menos importantes... Sin embargo hay uno que jamás olvidaré: "Príncipe de Deryabar"... ¡Deryabar! ¡La isla de la Montaña y la Estrella! — exclamó Simbad, mirando a lo infinito, como si todavía estuviera viendo aquella maravillosa visión—. Mirad, si queréis, el medallón de Deryabar... Miradlo atentamente, ya que en alguna ocasión lo llevó Alejandro el Grande... Leed las palabras mágicas que revelan una historia a los verdaderos creyentes: "En el octavo mes, los vientos son complacientes"... Ninguno de vosotros ha oído aún el relato de mi octavo viaje — dijo Simbad, después de haber mostrado a cada uno el medallón que llevaba pendiente del cuello—. De ese viaje acabo de volver... ¿Queréis asombraros con él?

—Sí, sí — afirmaron todos, ansiosos de escuchar las narraciones maravillosas y sorprendentes a que les tenía acostumbrados aquel

gran soñador que se hacía llamar Simbad el Marino.

—En el octavo mes, hace ya más de un año — comenzó diciendo Simbad—, un poderoso conquistador de mares y tierras llevó su botín en barcos para esconderlo en una isla oculta... Era un occidental llamado por nuestros historiadores Alejandro el Grande... En lo más lejano del Oriente, a través del mar y en tierra de indus había un poderoso Emir de Daibul, el que estaba atormentado por la misma enfermedad de muchos gobernantes: la posesión del oro de Alejandro... ¡Si él pudiese hallar el oro de Alejandro... cuántos reinados representaría!... En el espejo de su ambición no se veía a sí mismo, sino la cara de una mujer que vivía hace tiempo en Basra, esta ciudad vuestra... Una mujer de dos caras se reflejaba en el espejo... Y si hubierais estudiado las dos caras sabríais, como yo supe, que su Emir de Daibul fué un gran gobernante para ella... sólo porque era el mayor gobernante que hasta aquel momento le había sido doble conocido... Pero no vayamos a entretenernos en la frivolidad de las mujeres... Solamente los hombres de este relato me dieron disgustos sin alegrías.

El relato de Simbad cobraba caracteres reales a los ojos de los que le escuchaban y les parecía ver exactamente todo cuanto él les explicaba.

—Habla un hombre austero llamado Mélik — siguió diciendo Simbad, mientras por la imaginación de sus oyentes desfilaba la gran sala donde los astrólogos estudiaban y llevaban a cabo sus investigaciones — que buscaba a los sabios para averiguar el paradero del tesoro de Alejandro. Mélik jamás soñó en las caricias de las mujeres... su corazón era sereno y su propósito elevado: todo lo que deseaba en la vida era sostener el mundo en sus brazos... En cambio puedo hablaros de otro hombre sin forma ni substancia, un espíritu del mal conocido solamente por el nombre de "Jamal", que saqué el camarote de un buque predestinado a la muerte por la tempestad... a menos que la mano de Alá le salvara por consideración hacia Simbad el Marino y su viejo amigo Abbú...

La palabra vibrante y descriptiva de Simbad hacía desfilas por la mente de los que la escuchaban las escenas que iba relatando.

Veían a lo lejos el barco misterioso y magnífico, navegando por las aguas azules de los mares de

Oriente, como empujado por un misterioso genio, tratando de arribar a desconocidas playas. Vefan a Simbad, seguido de Abbú, saltar por los peñascos, camino de la orilla, llegar a la playa, olear el horizonte y lanzarse a nado hacia aquella embarcación, a la que también trataban de llegar unos pescadores o piratas que avanzaban en un bote a toda la marcha de sus remos, movidos por forzudos brazos. Simbad y Abbú nadaban con fuerza y llegaban hasta el bote, se asían a él, esquivando los golpes que los piratas trataban de darles, y conseguían volcar la embarcación y hacerles caer al agua, mientras ellos seguían nadando rápidamente hacia el barco que se destacaba allí, como una maravillosa tentación, dibujando su silueta elegante sobre el cielo azul.

—¿Has leído el nombre del barco? — preguntó Simbad, ya muy cerca de él—. ¡Príncipe Ahmed! ¡Se llama "Príncipe Ahmed"!

Y sus ojos azules, tan azules e intensos como el mar que le rodeaba, se quedaron soñadores mirando a lo infinito, como si aquel nombre despertara en él maravillosos recuerdos.

Se cogió a una cuerda que caía desde cubierta, subió por ella con

la agilidad de un gamo y saltó sobre las tablas del buque, como si un genio le condujera de la mano y le llevara allí, donde estaba su destino. El barco era, en efecto, el barco de la muerte. Todos los hombres de la tripulación aparecían muertos y en trágicas actitudes, como si un aire mefítico les hubiera sorprendido en pleno trabajo y les dejara sin vida.

Abbú, que había subido tras Simbad, contempló en silencio el macabro espectáculo, pero no sintió miedo alguno hacia aquellos cadáveres, pensando sólo en la riqueza que les venía con la adquisición de la magnífica nave.

—¡Es nuestro, Simbad, por ley de salvamento! — exclamó—. ¿Sabes tú lo que representa? Ver nuestros planes convertidos en realidad... ¡Buena suma nos va a proporcionar su venta! ¿Recuerdas los camellos que queríamos comprar? Seremos comerciantes de la tierra y a salvo para siempre de toda preocupación!

Pero Simbad ya no le escuchaba. Atento a la posesión de aquel barco que para él significaba algo sorprendente, algo inesperado, bajó a los camarotes. En uno de ellos encontró riquísimos vestidos y fajas de seda de todos colores; un equipo digno de un príncipe...

¡Príncipe Ahmed...! Y en el fondo del camarote, destacándose claramente sobre la pared principal un enorme mapa en el que se leía esta inscripción:

Mar de Oman, ruta seguida
por Alejandro el Grande de
Macedonia.

Dajbul-Thana-Deryabar.

Simbad oyó un ruido como si alguien golpeará la ventana. Volvióse rápidamente, pero no vió a nadie. A través del ventanal sólo se veía la inmensidad del mar. Y en el cristal que cerraba la ventana, se hallaba dibujada en relieve una montaña y sobre la misma, una estrella... Idéntico dibujo que el que figuraba en el medallón que Simbad llevaba prendido sobre su pecho.

Cogió entre sus dedos el medallón y se quedó meditando reconcentrado. Aquel dibujo... aquella inscripción... ¡Príncipe Ahmed!...

Cuando Abbú entró en el camarote, Simbad se adelantó a él y le habló con entusiasmo:

—Abbú... no dejes que esos ladrones vengan a bordo y nos roben lo que es nuestro...

—No temas —replicó Abbú—, les he dicho que era una embarcación del diablo. ¡Que los demo-

nios bailaban sobre los muertos! Cada mástil y plancha echaba vapor de Satán...

—¡Bah...! ¡La tripulación murió por beber agua envenenada, nada más! —exclamó Simbad que había encontrado, en su recorrido por el barco, el depósito del agua totalmente corrompida.

—Puede ser verdad... y no es que yo tenga miedo a los muertos... pero nosotros vendremos el barco lo antes posible—dijo Abbú, temblando de miedo aunque él sostenía lo contrario—. ¿Verdad, Simbad?

—¡Simbad...! ¡Simbad...! —exclamó el marino, con los ojos perdidos en la lejanía, soñadores y esperanzados en algo que era más que un milagro.

—¿Por qué pronuncias tu nombre con esa entonación? —inquirió Abbú, extrañado.

—¡El Destino, Abbú...! Esta embarcación... Su nombre: ¡Príncipe Ahmed...! Un sello real... igual al sello que llevo yo aquí prendido... ¡Esto era ya mío antes de que yo empezara a existir!

—¿El Destino...! ¿Estás seguro? —inquirió Abbú.

—No... no... no estoy seguro de nada... ¡pero el mapa puede revelármelo todo! Al menos puede

decirme de dónde proceda este buque.

—¿Qué mapa? — preguntó Abubú, mirando por todos lados, sin acertar a ver nada.

Simbad señaló la pared en donde estaba el mapa, y se quedó paralizado de estupor. El mapa había desaparecido.

—Estaba aquí... ahora mismo... Alguien ha entrado en el camarote... aunque yo no he visto a nadie... ¿No estaba muerto todo el equipo de la embarcación?

—¿Y tú has examinado el mapa con detención?

—No... no... Sólo recuerdo un

nombre: Deryabar. ¡Deryabar, la isla del tesoro de Alejandro!

—¡Bah!... he oído contar otras veces esa fábula... No existe tal lugar, Simbad; lo que nos conviene es vender el barco en seguida. ¡Camellos! ¡Caramba! ¡Mercaderes de tierra, sin peligros ni zozobras! ¡Piensa en lo que esto puede significar para mí!

—¿Y quién sabe lo que este barco pueda significar para mí? — murmuró Simbad, acariciando el medallón con sus dedos largos y nerviosos, como si quisiera buscar en él la solución de todos los enigmas que le rodeaban.

. . .

En el muelle de Basra se subastaba el barco que había traído capturado Simbad el Marino. El subastador oficial daba grandes gritos anunciando la subasta, mientras Simbad se acercaba a él y le increpaba divertidísimo, riéndose de sus palabras, burlándose de sus gestos, imitándole en su entonación.

—Estás cantando una canción de ladrones — le dijo Simbad, que saltaba con agilidad entre los fardos y las maromas que llenaban el muelle—. ¡No puedes subastar un barco que es nuestro! La ley lo ordena así; es nuestro por ley de salvamento.

—La ley ha cambiado, Simbad —replicó el subastador, que volvía a su cantilena, anunciando la subasta sin gran entusiasmo.

—¿Imposible! ¿Quién puede haberla cambiado?

—Yo —replicó el Kahn de Basra, presentándose ante Simbad—. Yo he derogado esa ley tan gaz-

tada... para tan estupenda embarcación...

—¡Salud, oh Kahn de Basra! —dijo Abbù, interviniendo para evitar que Simbad hiciera algún atropello que pudiera costarles caro.

—¡Salud! —dijo a su vez Simbad, inclinándose profundamente ante él.

—Me movéis a benevolencia al ver nuestra «misión... Bien, te concederé un quinto del precio de subasta. Pero por Alá... —añadió el Kah, mirando a Simbad que iba elegantemente vestido —creo que usas ya muchas cosas del contenido de ese buque... Tenéis que aceptar mi ofrecimiento... si no queréis que os morden como a una naranja...

—¡Oh, magnífico Kahn! ¿Qué pasará si no hay ofertas para esa magnífica embarcación? —preguntó Simbad, con grandes gestos para subrayar aquella eventualidad.

—Entonces podría servir para

llevar vuestro esqueleto poco escrupuloso fuera de Basra... O bien os lo puedo entregar a vosotros... como algo sin valor.

El Kahn se alejó y la subasta continuó sin animación alguna; nadie quería ser postor de aquel barco señalado por la mano del diablo, de aquel barco de Satán en donde la tripulación moría y en la que se respiraba el aire malfítico y embrujado del infierno.

Simbad se divertía con la subasta. Sabía que si no había postor la embarcación sería para él... ¡Príncipe Ahmed!... El Destino le había dado el nombre, "Príncipe Ahmed" tenía que ser suya, porque suya era ya antes de que él mismo existiera.

Pero cuando ya estaban convencidos de que nadie haría una oferta aceptable, una voz femenina se alzó, clara y jugosa como brisa de la mañana, ofreciendo la primera postura que se hiciera desde que la subasta se había iniciado:

— ¡Mil dinares! — ofreció.

— ¡Mill!... — exclamó el subastador, sorprendido—. Mil dinares es la oferta de una flor femenina...

— ¡Oh, no, no...! ¡Yo debo poseer ese buque! — exclamó Simbad, exasperado ante aquello que no esperaba.

— Puede ser una voz del cielo — sugirió Abbú.

Pero Simbad había recogido el reto de la desconocida, de aquella mujer que había venido en una magnífica litera, que se ocultaba graciosamente bajo su velo y que iba pujando la oferta exasperando cada vez más a Simbad, que la pujaba a su vez, sin que la desconocida diera su brazo a torcer y a la que se dirigía con su más acerba ironía:

— Debéis tener labores más agradables que hacer en vuestra casa... ¿no os parece?

— Con insolencia no se gana nada... ¡Once mil dinares! — replicó ella, subiendo la oferta sin preocupación.

— ¿Qué dirá el esposo que tenéis olvidado? ¿No tenéis pequeños a quienes cuidar? Probad con una cola de liebre bajo vuestra almohada... ¡y veréis qué niños más hermosos ponéis en el mundo!

— ¡Quince mil dinares! — ofreció ella, sin perder su calma y su aplomo.

— Haced otra oferta y os arrancaré la lengua como a un tulipán... ¡Dieciséis mill!... — gritó Simbad, que quería poseer el barco, porque el Destino se lo había entregado a él.

— ¡Me hacéis pagar caro mi da-

seo de adquirirlo! ¡Dieciocho mil!
—gritó ella.

—¿Qué deseo es el vuestro? — preguntó Simbad, haciéndose de miel y hablando a la desconocida con aquel encantador desenfado con que hablaba siempre, como si él fuera el amo del mundo y todos los demás sus siervos—. ¿Los rubios del mascarón de proa? ¿La seda de sus velas? ¡Id a vuestra casa y yo os mandaré eso...

—No... lo que yo pago es el nombre del barco: Príncipe Ahmed... y vos no podríais enviarme un sueño a mi casa... ¿O tal vez podrías hacerlo... Alteza? — preguntó ella, poniendo en sus palabras toda la coquetería de su naturaleza femenina.

—¿Alteza...? — inquirió Simbad, extrañado.

—¿No sois vos, acaso, el Príncipe de Deryabar?

—Sí... sí... sin duda — murmuró Simbad, acercándose a la litera y mirando con insistencia a aquella mujer de la que no le graba ver más que parte de su rostro—. ¡Con cuánta frecuencia el sueño mismo busca al soñador!

—¿Incluso un Príncipe puede soñar? — inquirió ella, sonriéndole con los ojos que le miraban a través de sus velos.

—Puede soñar en que navega en vuestros ojos...

—¡Pozos de soledad! — suspiró ella, súbitamente entristecida.

—¡Mares de delicias! ¡Ah... dejad que sueñe...! La brisa de la noche, abriéndose camino hacia vuestro corazón...

—¿Hablaís de un buque... mejorado hermosamente por una mujer?

—Mi barco es vuestro barco— ofreció Simbad, sintiéndose irremediablemente prendido en el encanto que emanaba de la desconocida.

—Pero ahora debo volver a mi hogar, en la calle de las Tres Lunas — explicó ella con tristeza—. La casa con una torre que un cielo difícilmente dejaría de hallar... Yo estaré sentada, sola, en la sexta hora de la noche, en mi jardín... y meditando...

—A la sexta hora yo turbaré la meditación de una dama — afirmó Simbad.

—Hasta esta noche, Príncipe Ahmed...

—Hasta esta noche...

La litera se alejó rápidamente llevada por los esclavos a quienes la desconocida dió órdenes, mientras Simbad se quedaba allí, mirando la litera, como si con ella se fuera su corazón, su alma, su

vida toda, y sólo quedara en el muelle un cuerpo sin vida, que era el suyo.

—¡Príncipe...! ¡Príncipe...! ¡Nos has arruinado! — exclamó Abbú, desolado.

—¿No hay más ofertas? — preguntó el subastador.

Y como el silencio más absoluto siguiera a su pregunta, continuó:

—La embarcación "Príncipe Ahmed" queda vendida por veinte mil dineros a Simbad el Marino...

Y volviéndose al nuevo propietario de la embarcación, le dijo:

—La costumbre es dar alguna cantidad a cuenta para demostrar la buena fe de la compra... pero de vos exigiré todo el dinero en mano... ¡No me fio de vos! Y si no hay dinero no hay certificado de venta...

Simbad movióse ágilmente en torno al subastador. Tenía una gracia de gestos que cautivaba a todos. Se movía de un lado a otro tan rápidamente, que no acertaba a seguirle la vista más veloz. Así, con aquella facilidad con que cometía sus atropellos o sus buenas acciones, se apoderó de la bolsa de dinero que tenía el subastador y la puso en manos de Abbú, que

no acertaba a salir de su asombro, mientras le decía con voz enérgica y aires de mando:

—Págale a ese hombre desconfiado... ¡Págale, o no vuelvas a dirigirme la palabra como amigo...! ¡Vamos, dale ese dinero que ahora tratas de ocultarme...! ¡No seas tacaño!

—¡Oh... Ooooooh!... — exclamó Abbú, temblando mientras agitaba en la mano el dinero que Simbad acababa de poner en ella—. ¿Te refieres a este dinero viejo y asqueroso que yo tenía?

—¡Naturalmente! — afirmó Simbad, arrojando la bolsa al subastador, que murmuró:

—Pagáis demasiado dinero... ¡Esperad! ¡Esto es demasiado dinero!

—¡Oh, no os preocupéis... es todo vuestro! — rió Simbad—. Os lo cedemos generosamente... porque es todo vuestro...

—Gracias, Simbad... sois muy amable...

—Los dos somos muy amables. Vos me vendéis mi propio barco... y yo os pago con vuestra propia moneda... Estamos en paz — rió Simbad, echando a correr, seguido de Abbú.

. . .

La bella desconocida estaba en el jardín, plácidamente sentada junto a una fuente que dejaba escuchar su canción nítida en la hora silenciosa y apacible de aquella noche maravillosa, alumbrada por la luz sideral de las estrellas.

Impacientábase la bella ante la tardanza de aquel que había prometido venir a interrumpirle su meditación.

—¡Oh!... ¿Por qué no viene? — exclamó, levantándose y paseando nerviosamente a lo largo del sendero del jardín—. Si tarda demasiado no hallará a nadie aquí.

—¿Le molestaría al Gran Emir esperar... si mi señora Shireen le trajese el secreto de Deryabar? — preguntóle la dama que la acompañaba, la encantadora Pírouze, que no se separaba nunca de la bella favorita del Gran Emir.

—¡El secreto de Deryabar!— exclamó Shireen meditabunda—. No hay posibilidad de comprar ese secreto al hombre más rico del mundo.

—Tal vez mi señora pierda el tiempo con el Emir de Daibul—inclinó Pírouze, maliciosamente.

—Quizá... — sonrió Shireen, acordándose del poderoso encanto del que le había arrebatado el barco con su poderio inimaginable.

—¡Daibul! ¡Daibul! — gritó en aquel momento un pajarraco extraño que siempre revoloteaba por el palacio y sus jardines, anunciando a voz en grito cosas desagradables muchas veces y otras burlándose de los moradores del palacio, como si jugara y se divertiera con ellos.

Shireen ahuyentó al pajarraco con mal humor:

—¡Vete, pájaro del mal! ¡Vete a casa junto a tu malvado amo!— le dijo, consiguiendo que el pájaro emprendiera el vuelo lejos de aquel lugar.

—¿Te gustó el aspecto de tu príncipe? — inquirió Pírouze, que sentía verdadera curiosidad por conocer a aquel hombre del que

tantos elogios le había hecho Shi-reen.

—Casi demasiado principesco para un príncipe... Mis parece un comerciante lujoso que sabe cómo obtener una ganga... ¿Por qué tengo que decir a nuestro Emir nada de lo que yo misma pueda averiguar acerca de Deryabar?—murmuró, como si hablara a su propia conciencia—. ¡Si yo pudiese arrancar el secreto al príncipe Ahmed, tendría la llave de las llaves, y podría dejar a la reina de Saba que pareciese una vieja regañona!

—Escuchad, señora... Creo que se acerca su séquito—anunció Pirouze, atenta a los ruidos que se escuchaban en el exterior de la tapia.

En efecto, a lo largo de la tapia se deslizaba la sombra de Simbad y de su inseparable Abbú. Este venía temblando de miedo y de angustia y daba consejos sabios a su amigo:

—¡Por favor, Simbad, olvida a esa mujer!... Nos traerá la desgracia... ¡Olvidala! —suplicaba con voz temblorosa y llena de angustia.

—Le prometí a la hermosa señora un viaje por mar... ¡No puedo olvidarla! Ella sabe algo del tesoro de Alejandro... y si yo pue-

do arrancarle el secreto tendremos diez mil barcos y veinte mil camellos. ¿No comprendes que debo averiguar lo que ella sabe acerca de ese misterioso país de Deryabar?—replicó Simbad.

Un ciego que mendigaba sentado al borde de la calle, les detuvo con su voz plañidera:

—Una moneda para el pobre ciego, ¡oh gran propietario de barcos y caravanas!, y si tu bolsa queda cerrada, ¡oh avaro!, que Alá seque tu mano...

Simbad le entregó un dinar que llevaba en el bolsillo, todo su capital, y el pobre le bendijo como si acabara de entregarle una fortuna.

En el palacio del Emir una ventana se había abierto cautelosamente, como movida por mano misteriosa, y algo así como un espíritu invisible agitó por un instante la persiana. Y el pájaro extraño gritó, surcando los aires en su vuelo inquieto:

—¡Cuidado con los bancos de arena!... ¡Dirigíos al Sur, hermanos, dirigíos al Sur!

—¿Al Sur? ¿Pero dónde está el Sur? —preguntó Simbad, extrañado de aquella inesperada advertencia.

—Por ahí...—indicó Abbú, señalando una puerta que acababa

de descubrir en la muralla que cercaba el jardín del palacio.

Simbad traspuso el dintel y se adentró por los senderos maravillosos de aquel parque mágico hasta llegar a la fuente junto a la cual le esperaba Shireen.

—¿Príncipe Ahmed? — inquirió ella, escrutando la noche al oír sus pasos.

—Sí.

—¿Venís sin séquito?

—Así es más conveniente, señora... ¿Podéis presentaros a vos misma? — preguntó él, queriendo conocer con quién hablaba y quién fuera aquella encantadora mujer de la que emanaba un encanto especial y turbador.

—Su Alteza Shireen de Bagdad, séptima hija del Sheik Ali de Kurdistán — dijo la mujer con una voz que era tan armoniosa como el cristal que gorgoteaba en la fuente.

—¿Cómo! ¿Aquel bandolero bebedor de sangre fué vuestro padre? — preguntó Simbad, sin poder contenerse—. Si sois realmente su hija... necesitaréis un poco de freno en vuestra brida... — añadió. Y al propio tiempo le arrancó el velo que cubría su rostro, exclamando extasiado:

—¡Oh... cuánta belleza hay en vuestro rostro!

—¡Oh príncipe con modales de marinero! — murmuró Shireen, contrariada—. El velo se retira más graciosamente cuando es su misma dueña quien lo baja.

Simbad hincó en tierra su rodilla y murmuró, rendido, entregándole el velo que le había arrancado:

—Ya no soy dueño ni de mi mano ni de mi corazón... Ambos son vuestros...

—Y los dos están vacíos, ¿verdad? — preguntó Shireen con ironía, al ver que su príncipe no le ofrecía ningún presente valioso y lleno de maravillas.

—Es verdad que no están llenas de dones terrenales... pero son portadores de regalos de preciosos sueños. Y los sueños bellos son mucho más preciosos que vuestras brillantes y perlas de Daibul...

—¿Daibul?... ¿Cómo sabéis?... — preguntó Shireen, asombrada.

—Conozco todas las mercancías y todos los mercados... pero no me preguntéis "cómo" ni "por qué"...

—¿Conocéis todos los mercados como cualquier comerciante vestido con lujosas ropas de relumbrón?

—Conozco todos los mercados igual que el príncipe Ahmed, que conoce todos los puertos y todas

las islas del mar — replicó Simbad, mirando a Shireen con sus ojos soñadores, prometedores de mil delicias—. ¿Queréis navegar conmigo?

—¿A dónde? ¿Hacia qué dirección va vuestra ruta? — pregunto Shireen.

—Hacia Deryabar, querida— susurró Simbad con una voz que era una tentación—. ¿Que ruta preferiríais?

—¿El príncipe de Deryabar me pregunta respecto a rutas hacia Deryabar? — replicó Shireen, dejando en el misterio y en la sombra la curiosidad que en ella despertaba aquel nombre y las ansias que tenía de conocer su exacta situación—. ¿No sois vos el príncipe de Deryabar? — insistió.

—¡Mi dulce tormento! Cuando contemple la rosa de tu cara me senti paralizado de cabeza a pies... olvidando las palabras bellas y dulces que debía deciros...

—¡Ah!... — rio Shireen burlonamente—. Tenéis gran dominio de las palabras... pero dudo si sois dueño de los huesos de vuestro propio cuerpo...

Y se alejó con un andar que daba la medida de la altura de su rango.

Simbad la llamó apasionadamente:

—Shireen... ¡Oh, Shireen! ¡Escuchadme, por favor... Yo, que os lo podría dar todo, quisiera solamente daros el presente de mi corazón...

Arrancó de un rosal una rosa roja magnífica que abría su corola al rocío de la noche y acercándose a Shireen que había detenido su paso, se la ofreció con un gesto galante y lleno de encanto, mientras le decía:

—¿Os ha dado algún hombre una rosa, Shireen?

—No... — replicó Shireen pensativamente, mientras una de las ventanas del palacio volvía a abrirse y una sombra sin forma se deslizaba por ella como espiondo lo que en el jardín acontecía—. No... desde que vivo en las Colinas Oscuras...

—¿Os ha dicho algún hombre que el oro no es más que barro y que las joyas son las guijas de la tierra? — siguió diciendo Simbad con creciente apasionamiento—. ¿Os ha dicho que la verdadera riqueza está en todo, bajo el cielo y sobre la tierra, para un hombre y una mujer que están juntos? ¡Oh, princesa mía! — exclamó, abrazándola tiernamente.

—El príncipe y la princesa podrían estar juntos en un palacio— replicó Shireen, que no se dejaba

arrebalar por el romanticismo y gustaba de las realidades prácticas.

—Sí, pero el palacio, para un hombre y una mujer, puede estar en cualquier parte... aunque sobre sus cabezas no exista más que la bóveda celeste tachonada de estrellas y sus plantas pisen por toda alfombra el césped de los prados, o se mezan sobre las olas amplias y arrulladoras del océano. ¿Conocéis el placido encanto del mar de Oman? La soledad es maravillosa... cuando no se está completamente solo para gozar de ella... ¡La niebla es vino y el sol es oro! ¡No he deseado jamás otra cosa!

—Comprendo... — murmuró Shireen, dejándose arrastrar por el encanto embrujado de aquellas palabras que le hablaban al corazón y a los sentidos.

—Entonces... ¿navegaremos, solos los dos? — preguntó Simbad, apoyando amorosamente su rostro sobre el rostro de Shireen a la que tenía fuertemente abrazada.

—No sé... — murmuró Shireen, dudosa e indecisa—. ¿En un buque procedente de "Ninguna parte"... y con el "Príncipe de lo Desconocido"?

—El príncipe jamás marchita-

ría la rosa... ¡la conservaría siempre floreciente!

—Por favor... dejadme pensar... —suplicó Shireen, desprendiéndose de los brazos de Simbad—. No podéis imaginar todas las glorias del Este que tendría que abandonar para seguirlos a vos. No significarían nada para uno que lo tuviera todo... Y sin embargo yo no deseo nada más que vivir... ¡Vivir y amar! ...Pero no, no... ¡mis culpas son muchas!

—¿Culpas vos?... ¡Si no tenéis ninguna!—exclamó Simbad.

—Sí... egoísmo, codicia, ambición... — dijo Shireen, mientras se encaminaba hacia la casa—. ¡Oídme, oh príncipe, en beneficio de vuestra propia vida! ¡No volváis jamás junto a mí!... Dejad vuestro barco en el muelle y nunca navegéis en él...

Se había acercado Shireen a la casa, y Simbad pudo observar perfectamente que tras la puerta una cortina se movía misteriosamente, y que en las pupilas de Shireen se reflejaba como un temor:

—¿Qué ojos nos han estado observando? — preguntó Simbad, interrogándola apremiante.

—Ninguno... ¡Os he esperado soía! He vaciado la casa haciendo que salieran todos de Basra—afirmó Shireen.

—¿Para Daibul?—inquirió Simbad, intencionadamente.

—¿Daibul?...

—¿De quién es ese rostro que acabo de ver en la ventana, como sombra fugitiva? — preguntó de nuevo Simbad que había visto agitarse la persiana de aquella ventana por la que ya otra vez se había deslizado como un ser misterioso, hecho de sombra, espíritu sin cuerpo.

Shireen desapareció tras la puerta y Simbad presintió que un

ser extraordinario estaba tras la cortina. Empuñó su alfanje y quiso agredirle, pero se encontró solamente con el vacío, mientras el pájaro extraño surcaba el aire y gritaba, agitando sus alas:

—¡Jamal!... ¡Jamal!... ¡Jamal!

—¿Jamal? — interrogó Simbad, sorprendido.

Y como contestación a aquella pregunta que se formulaba a sí mismo, vió de pronto grabado en su alfanje aquel mismo nombre: Jamal.

. . .

El barco navegaba sobre la cresta de las olas, moviéndose con un suave balanceo que adormilaba los sentidos. Sobre cubierta Abbú, el inseparable compañero de Simbad, hablaba con sorna al extraño pajarraco al que habían capturado en Basra y al que tenían como prisionero en el barco:

—Muy alegre estabas en la calle de las Tres Lunas, ¿verdad? ¡Y poco ibas a imaginar que te encontrarías embarcado junto a Abbú, el de la mano de hierro!... ¡Hum! ¡Aquí aprenderás que esto no es un jardín de rosas y te enterarás de quién es el verdadero amo!... ¿A dónde nos dirigimos, capitán? — preguntó, dirigiéndose a Simbad, que se descollaba de una marama después de haber realizado diversas maniobras en las velas del barco:

—No podía revelarlo mientras estábamos en el puerto... pero la dama de la calle de las Tres Lunas me advirtió que ocurriría un de-

sastre si embarcábamos en este barco.

—Pues esperas un buen momento para decírmelo... — murmuró Abbú, sintiendo que el miedo se apoderaba de él ante la perspectiva de que ya no podía ponerse a salvo, porque el barco estaba ya muy lejos de la costa.

—Cuando salgamos del golfo, pones rumbo a Daibul — ordenó Simbad.

—¡Aquel nido de serpientes de mar! Los barcos honrados se alejan todos de Daibul. Su Emir vive de la sangre del mar.

—He buscado por todos los rincones de Basra para ver si la encontraba — dijo Simbad, soñador y nostálgico—. ¡No di con ella en parte alguna! Tal vez cuando lleguemos a Daibul la encontraremos de nuevo...

—Me gustaría que suprimieras ese plural... Me molesta ese "nosotros".

—Digo "nosotros" porque lo compartimos todo por igual.

—Gracias... Te cedo el derecho sobre todo lo que puedas recibir de esos manejadores de cuchillos que son los habitantes de Daibul.

—Todo me hace creer que ella sabe algo de Deryabar — dijo Simbad que daba siempre vueltas a su única idea—. Cualquiera que proyectara tomar su tesoro intentaría primero quitarle de en medio a su príncipe heredero...

—¡Príncipe heredero! —rió Abbú burlonamente—. Te has convencido a ti mismo de esa fantasía, ¿verdad?

—Esta es la conveniencia de que uno se conozca a sí mismo. ¡Así se puede escoger el propio destino! Ser el hijo del rey de Deryabar... o ser el hijo de un mendigo. Al hallarla a ella incluso puede que yo me halle a mí mismo... y así encuentre también el Tesoro de Alejandro...

—¡Jamal! ¡Jamal! ¡Jamal! — chilló el pájaro, yendo a posarse sobre una de las cuerdas del barco.

—¡Jamal! — repitió Abbú, que se había quedado sobrecogido al oír el graznido del pájaro—. ¿Qué aspecto tiene ese Jamal? — inquirió.

—¿Cómo puedo saberlo? Jamás le he visto — afirmó Simbad.

Abbú temblaba de miedo y miró

en torno suyo a la tripulación que trabajaba activamente en las tareas del barco:

—Cualquiera de esos puede ser Jamal...

—Una perfumada multitud de signos de interrogación — comentó Simbad, mirando, a su vez, a los hombres que trabajaban sobre cubierta y entre las jarcias.

—¿Dónde los encuentras?

—En la calle de las contrataciones de Basra.

Uno de aquellos hombres se adelantaba por la cubierta con el pellejo de agua en la mano, dando de beber a quienes se lo pedían. Abbú miró recelosamente a aquel hombre que tenía rostro de facineroso, y miró el agua, recordando que hallaron muerta a toda la tripulación de aquel extraño barco a consecuencia de haber bebido el agua envenenada.

Simbad, por el contrario, llamó a Yusuff y le pidió agua.

—¿Tanta sed tienes? — inquirió Abbú, receloso, en voz muy baja y temblona.

—Puede convenirnos un trago de agua antes de llegar a Daibul — replicó Simbad.

Y luego, mirando a toda la tripulación, preguntó a su vez:

—¿A cuál de todos ellos consideras el más inútil?

—El barbero del barco... Se está sentado como un sapo mientras los demás trabajan.

—¿Y en mi castillo de popa! — exclamó Simbad, muy contrariado, viendo al barbero tranquilamente sentado, en una actitud estática, con sus trenzas caídas a lo largo de sus hombros y sus largos bigotes sombreándole la boca.

Corrió hasta él, brincando por entre las cuerdas ágilmente, y le preguntó:

—Os halláis muy cómodo en mi castillo de popa, ¿verdad?

—Muchísimo — replicó con flama el interpelado.

—¿Quiere un trago Su Eminencia? — preguntó Simbad, ofreciéndole una taza de agua.

—Mi capitán es muy amable — replicó el barbero, bebiendo tranquilamente.

—El barbero está henchido de majestad... Cada mañana le serviré un vaso de agua antes de beber yo.

—Tanta amabilidad endulzará los recuerdos de un pobre hombre. Yo, Ab-el-Melik, no fui siempre un barbero — explicó—. Una vez, cuando la luna de mi fortuna andaba por lo alto, fui médico en las Cortes de Reyes...

—Entonces... curaos vos mismo... El agua puede estar envenenada — insinuó Simbad.

Ab-el-Melik siguió imperturbable, sentado en su gran almohadón, con una misteriosa sonrisa en sus labios, mientras Simbad se alejaba y salía de nuevo a cubierta, convencido de que su insinuación había de haber hecho honda huella en el alma de aquel hombre extraño, que parecía más un mago que un barbero.

. . .

—¡Barco a popa! — gritó, desde su atalaya, Yusuf, uno de los hombres que formaban la tripulación abigarrada y extraña del barco comprado por Simbad el Marino.

Simbad miró en aquella dirección e hizo un gesto de extrañeza:

—Es un barco de guerra armado...

—¡Tiene un espolón como el colmillo de un tigre! — exclamó Abbú, con temblor de miedo en la voz.

—Y una torre para lanzar el Fuego Griego. Con la velocidad que lleva podría darnos fácil alcance — comentó Moga, otro de los marineros del barco.

—¿Podéis ver el pabellón del barco? — preguntó Simbad. Y ante el silencio que siguió a su pregunta, gritó enfurecido: — ¡Cuando tu capitán pregunta, contesta!

—No lleva bandera, capitán — replicó Yusuf.

—¡Qué idiotéz! Todos los barcos llevan pabellón... ¡Es la ley del mar!

—¿Ley?... — comentó Yusuf con mordaz ironía—. ¿Que ley hay más fuerte que la misma fuerza?

Y en aquel momento, el pájaro extraño, el pájaro agorero cuyo grito era siempre el mismo, surcó los aires gritando con su estridente graznido:

—¡Jamal!... ¡Jamal!...

Y se perdió en el horizonte, yendo a posarse en la cubierta del barco de guerra que venía siguiendo al de Simbad.

—¡Jamal!... ¡Jamal!... — volvió a gritar, cerca del Emir de Dabul que se paseaba por cubierta, observando el horizonte.

—¡Calla, pájaro maldito! — gritó el Emir—. No vuelvas a ponerte ese nombre en tu pico. ¿A dónde te han llevado los vientos, mamarracho? Bienvenido seas al hogar... —añadió, sonriendo a aquel pajarro que era su confidente y su espía.

Muallín se acercó al Emir en actitud sumisa y servil:

—Alleza... — susurró, pidiendo la venia para hablar.

El Emir le contempló un segundo y, antes de que Muallin continuara hablando, le indicó:

—No te quedes junto al puño de mi espada, Muallin... El puesto de los hombres leales es a mi izquierda.

—¿Vuestra Alteza no desea seguir a ese barco?—preguntó Muallin.

—No es eso precisamente lo que yo quiero... Pero navegad a través de su estela, permaneciendo siempre alejados del alcance de su vista... Si el barco trata de regresar a Basra, le bloquearemos la ruta... Necesitará aprovisionarse de agua... y Daibul es el único puerto conveniente para ello...

Shireen había llegado a su lado mientras el Emir pronunciaba estas palabras; y, mirándole con sus enormes ojos, prometedores y llenos de tentación, le preguntó sonriendo:

—¿Nuestro Emir no siente temor por que yo me quede a su derecha?

—¿Temor? —replicó el Emir, rodeándola el tallo con su brazo y acariciándola a sí amorosamente—. Vos sois mi mano derecha... que tiene los secretos de Persia, mientras mi izquierda, gloria del Islam, se extiende hacia los Reinos del Indostán... Permaneced junto a

mí, querida... ¡Nosotros conduciremos el mundo como a un elefante sumiso!

—¿Por qué desea mi señor más poder? —preguntó Shireen, que se quedó un momento pensativa, como si en su imaginación surgieran imágenes jamás olvidadas de un pasado que hubiera dejado en su alma una honda huella. —El hombre más feliz que jamás he conocido era poco más que un vagabundo... Le gustaban los barcos y la navegación... ¿Se sentía una tan feliz estando a su lado?

—¿Quién era ese hombre? —inquirió el Emir, sintiendo celos de aquel desconocido que hacía soñar y despertaba la fantasía de Shireen.

—¿Qué puede importarle eso a un hombre tan poderoso como vos, oh Sacudidor de la Tierra?

—Nota cierto cambio en vos desde que abandonamos Persia... —murmuró el Emir, mirándola como si quisiera leer en lo más íntimo de su corazón—. No olvidéis que el acero fué el que os convirtió en útil para mí —le recordó, haciéndole revivir la lucha que sostuvo para apoderarse de ella.

Shireen sonrió con amargura. Tampoco ella había olvidado cómo fué arrancada del hogar paterno. Y contestó sin vacilar:

—¡Oh, Alteza, qué lástima para vos si el avance de vuestras conquistas os hubiera llevado hacia mis Colinas Curdas! Mi padre hubiera hecho una mascarilla de vuestros sueños.

—Prefiero tener en vos una aliada, a una enemiga... Y siempre creí que erais mi aliada... aunque tuve unos momentos de duda cuando dejasteis de comprar aquel barco, con sus planos y mapas que tanto nos interesaban... Pero luego comprendí toda la maravilla de vuestra obra, al saber que lo que intentabais era pescar al propio príncipe Ahmed, para hacerlo caer en mi red de Daibul y apoderarnos así de su secreto.

—No podíais comprenderla... a menos que hubierais estado espionando todos mis actos.

—¡Por Ahá, yo no desconfío de vos! — exclamó el Emir riendo. — Vuestro corazón helado es bastante fortaleza contra todas las tentaciones.

—¿Incluso en primavera, Maff? — inquirió Shireen poniendo en su voz y en su gesto una infinita ternura.

—Incluso en el mes de las rosas — afirmó el Emir tristemente.

La miró extasiado, la estrechó sobre su corazón. La belleza de aquella mujer le hacía olvidar su

frialdad, su indiferencia, su extraño proceder que a veces le desconcertaba y siempre le exaltaba los sentidos y las pasiones. Casi en un susurro le dijo:

—Shireen... en Daibul están confeccionando un vestido de reina... Vos sois la que ha de decir si os lo pondréis o no... Si decidís llevarlo... sabré que el paraíso está en nuestro palacio...

—¡Nuestro palacio! — suspiró Shireen recostando su cabeza en el hombro del Emir, soñando en todo el poder y la gloria que aquellas palabras representaban.

—Nuestra ruta es hacia el Sur, amada mía — continuó él, besándola dulcemente. — Puedo traer sueños más cálidos... los vientos monzones son suaves... ¿es la primavera, verdad?

—Sí... es la primavera — afirmó Shireen, mientras acariciaba en sus manos una rosa marchita, una rosa que hubo de ser roja en su día y que ahora tenía tonalidades ocres, una rosa que guardaba en el interior de su vestido y que despertaba en ella un mundo de recuerdos y de bellísimos sueños... Pero su ambición pudo más que su fantasía y acercándose a la borda, arrojó al mar, estrujada por sus dedos un tanto nerviosos, la rosa que un día le regalara un imagi-

nario príncipe vagabundo que había sabido llenarla de sueños y que le había dado su mejor tesoro: aquella rosa roja arrancada de un rosal de su propio jardín.

Y entretanto, aquel "príncipe vagabundo" se hallaba en el camarote de su barco dispuesto a que su barbero, el extraño Abdel-Melik, procediera al afeitado de su barba, para lo que estaba preparando con cuidadoso esmero la navaja grande y deslumbradora, que pasaba por la piedra de afilar con movimientos acompasados, mientras iba hablando con su capitán.

—¿Cómo puede ser—le preguntaba Simbad, que quería penetrar en el misterio que rodeaba a Málík y que no acertaba a desentrañar—, cómo puede ser que vos bebáis el agua del barco y permanezcáis tan sano y fuerte?

—¡Ya lo veis, capitán! Soy robusto — aseguró el extraño personaje, sonriendo misteriosamente—. A cada trago de este elixir refrescante mis pulmones sienten cabriolas como un oso contento y mis nervios sienten un nuevo empuje de vitalidad. Pero veamos... ¿quién crees que puede haber envenenado el agua del barco?

—¿Jamal?... — inquirió Simbad, pronunciando descuidada-

mente aquella palabra para él incomprendible, pero que había aprendido a pronunciar por oír la repetir constantemente al pajaraco que revoloteaba en torno a su barco y que había conocido una noche, en el jardín de Shireen, de aquella mujer bellísima cuya imagen llevaba prendida en su corazón.

Mélik comenzó a hacer signos cabalísticos, para deshacer el maleficio, puso un gesto hosco en su cara y lleno de superstición, sin dejar de hacer signos extraños, gritó:

—¡No, capitán, no!... ¡Por favor, señor, haced sonar los tambores antes de pronunciar ese hombre!... Eso de los tambores es un método metafísico de los occidentales que me enseñó un deviche amigo mío... Cobraba diez "toumans" y garantizaba absoluta seguridad contra los maleficios —añadió, adoptando una actitud mística y llena de recogimiento, levantando los brazos al cielo y mirando hacia aquel ventanal en cuyos cristales se destacaba la silueta de la montaña y la estrella, idénticas al medallón que Simbad llevaba prendido del cuello.

—Quizá a mí me convenga alguna seguridad... ¿Quién era ese

derviche?—preguntó Simbad, dis-
traidamente.

—Soy yo mismo... — aseguró
Mélík, iniciando una danza para
convencer a Simbad de que él ha-
bía sido derviche antes de ser bar-
bero.

Luego explicó:

—En mi larga vida he tenido
varias vocaciones, pero en todas
he fracasado...

—Sí... ya me habéis dicho que
fuisteis médico... derviche... y
barbero... Decidme ahora... ¿qué
sabéis de Jamal?

En tono confidencial y después
de haber tocado madera varias ve-
ces, Mélík explicó:

—Una vez viajaba yo en un bu-
que procedente de Calicut... En-
tonces era embajador, enteramen-
te descalificado para aquella mi-
sión, y llevaba cartas del Estado.
Fue durante uno de mis períodos
alcohólicos... Tenía debilidad por
la bebida, adquirida mientras fui
un desventurado vendedor de vi-
nos; acostumbraba beberme mis
propias muestras y ¡claro!, el al-
cohol ingerido me hacía perder
las ocasiones de venderlo... Pues
bien, cuando desaparecieron los
vapores del alcohol, vi que la tri-
pulación había muerto toda a cau-
sa de agua envenenada...

—¿Jamal? — Inquirió Simbad,
que había seguido el relato con
creciente interés.

—¿Quién si no?... ¿Quién más
podía ser tan diabólicamente in-
teligente, sino Jamal? El mismo
gran Emir de Daibul admite que
en una ocasión Jamal le tomó el
pelo públicamente... Por media-
ción de sus agentes (este genio ja-
más se dió a conocer), vendió al
Emir falsos planos que pretendían
conducir al tesoro de Alejandro...
Una vez, exactamente a mediano-
che, ese gobernante del Indostán
casi logró enredar la hoja de una
daga con la parte posterior de sus
costillas... ¡una daga, señor... la
misma clase de arma que vos te-
néis, capitán...! —sonrió, mostran-
do la daga que Simbad tenía en-
tre sus manos.

—¡Ah!... — suspiró Simbad—.
Si yo pudiera confiar en alguno
de los que forman la tripulación
de mi barco...

—Podrías confiar en mí, capi-
tán, si yo no fuera un ser tan in-
útil como soy...

—¿Barbero, sois una montaña
de conocimientos! — afirmó Sim-
bad riendo, mientras dejaba que
Mélík le golpeara el rostro con
agua y lo preparara cuidadosa-
mente para el afeitado... Decid-

me, ¿qué cuentan las malas lenguas acerca del príncipe Ahmed?

—Dicen que no sería extraño que le mandaran a reunirse con sus antecesores antes de que llegue a la isla del tesoro — confió Mélik, mientras jugaba con la navaja barbera en torno al cuello de Simbad.

—¿Eh?... ¿Qué?... — murmuró ésto, molesto por aquella predicción—. ¡Tengo entendido que es un hombre espléndido!

—No lo dudo; pero posee una tan enorme dosis de vanidad, que le tiene predestinado a su propia destrucción. Por espacio de media vida vivió encubierto como un simple marino. Nunca nadie vió dos veces el sello real sobre su pecho... Pero un día se vistió sus ropajes principescos... y fué aquello como el "Sésamo, ábrete" de su secreto... Y las puertas de su secreto quedaron abiertas a la curiosidad de las gentes.

—¡Fué un verdadero idiota! — aseguró Simbad.

—¡Claro que sí! Desde luego no fué el hijo inteligente del juicioso Aga de Deryabar quien descubrió de nuevo la isla de Alejandro. Sabía que tan vasta fortuna había de ser tentadora de la muerte... y por eso escondió a su hijo entre las multitudes, como un grano de tri-

go entre un montón de trigo... Pero incluso la inteligencia del Aga de Deryabar mostró su punto flaco; el amor hacia su hijo... y hacia ese barco que le envió, como una tentación... La debilidad del Aga fué grande, capitán... ¡Hay tantos hombres malos! Considerad de qué no sería capaz un hombre para conseguir ganar un pequeño distintivo... una señal de grandeza que se lo proporcionase todo...

Mientras así decía, Mélik amenazaba con la navaja el cuello de Simbad e intentaba al propio tiempo cortar la cadena que sostenía el medallón pendiente de su pecho. El marino se dió cuenta de ello, cogió fuertemente la mano de Mélik y defendió lo que era suyo, tratando de impedir que le robara aquello que siempre había llevado, aquello que era su fuerza y su poder.

Mélik sonrió con sonrisa humilde y ofreció en un gesto sumiso la navaja amenazadora a Simbad, prescindiendo de su intento:

—Aceptadla, Alteza... Es un regalo, como recuerdo... — le dijo, cruzándose de brazos.

—¿Sabéis guardar un secreto como habéis sabido guardar una vida? — le preguntó Simbad mirándole fijamente.

—Soy vuestro fiel servidor para

siempre, príncipe Ahmed — replicó Mélik, saludando con un profundo y reverencioso saludo.

— Sois un hombre de carácter, Abd-el-Mélik.

— Y un buen consejero, señor — interrumpió Mélik — ¡No vayáis a Daibul!

Pero Daibul era la meta de Simbad y no quiso escuchar el consejo. Su barco enfiló el puerto y se acercó, empujado por un favorable viento, al muelle donde debía anclar.

— ¡Daibul! ¡Daibul! ¡Daibul! — gritó con su graznido extraño el pajarroco revoloteando en torno a Simbad.

— ¡Ya lo sé... cállate! — le ordenó éste.

Y en aquel momento, uno de los marineros, con el pánico en los ojos, señaló hacia una dirección determinada y gritó:

— ¡El barco de guerra, capitán! Está anclando ante nosotros. Debe habernos adelantado durante la noche.

— Es suave, bruñido, elegante y fino... — murmuró Simbad, admirando la silueta del barco que estaba ante ellos, meciéndose tranquilamente en el más absoluto abandono.

— ¡Igual que pudiera serlo un tigre de colmillos afilados! — rec-

tificó Abbú, que no sentía el entusiasmo de su capitán—. Si pensabas morir... ¿por qué no íbamos a Egipto? Allí preparan muy bien para la posteridad: son los maestros en el arte de momificar a sus muertos...

— ¡Qué tontería! — rió Simbad, divertido del miedo que tenía su fiel Abbú—. El huque de guerra no demuestra ninguna hostilidad. Pudo habernos destrozado en aguas más solitarias que éstas, y nos dejó en paz. ¡Mantened el barco en dirección al viento y estad atentos a sus velas! — ordenó a sus marineros.

Se hicieron las maniobras indicadas y el barco fue acercándose al muelle y ancló sin que nada ni nadie se opusiera a sus maniobras.

En el muelle estaban amontonados grandes sacos, prestos para ser embarcados. Abbú los contempló con codicia y comentó, caminando al lado de Simbad:

— ¡Al fin hallamos aquí prosperidad y abundancia! ¡Puedo abrir la escotilla para embarcarlos!

— No creas que son sacos de judías, mi querido Abbú... Es arena para lastre... Creo que podremos llenarlos con el tesoro de Deryabar... si aquella mujer conoce el lugar de la isla de Alejandro... y

si yo puedo dar con ella de nuevo.

—*Si... si... si...* El acostumbra-
do *si...* — murmuró Abbú, que
conocía la imaginación de Sim-
bad y desconfiaba de ella.

Simbad, que tenía en su mano
el pájaro extraño, agorero, profe-
ta, lo lanzó al aire con una son-
risa de triunfo y siguió su vuelo
con los ojos, seguro de que él le
indicaría dónde podría hallar a
Shireen. El pájaro surcó el espa-
cio y se dirigió como una flecha
hacia el palacio que coronaba, co-
mo triunfal y maravillosa aureola,
la ciudad que se extendía hasta el
horizonte.

—Tenéis pies para seguir ade-
lante, príncipe — dijo la voz de
Abd-el-Melik a su espalda— Pero
no alas para regresar... ¡Os rue-
go, señor, que no vayáis al pala-
cio!

—No me ruegues a mí... sino
más bien ruega por mí... — rió
Simbad, que jamás retrocedía de
su intento.

Y dando órdenes a sus hombres,
les dijo:

—Cuando la luna asome por en-
cima de los cipreses, estad listos
para zarpar. ¡Os prometo que ten-
dremos la carga más maravillosa
que jamás haya existido!

Corrió a esconderse a su cama-

rote. En el muelle se oía el redob-
lar del tambor y una compañía
de soldados venía en dirección al
barco en actitud no demasiado
conciliadora. Simbad esperó a que
los soldados subieran a cubierta,
a que inquirieran entre sus hom-
bres, a que investigaran cuál de
ellos era Simbad, mientras él, en
uno de sus saltos ágiles, alados,
magníficos, se arrojaba por la ven-
tana de su camarote sobre los sa-
cos del muelle y de allí, brincando
siempre de un lado a otro, corría
por las calles hacia el interior de
la ciudad, tirando de la manga a
Abbú que no acertaba a explicar-
se cómo Simbad había logrado es-
capar de la tropa que había ido a
buscarle por orden del Gran Emir
de Daibul.

Llegaron hasta la muralla del
palacio. Abbú tenía un miedo que
le hacía temblar de pies a cabeza.
Simbad tenía tanta ilusión que
sus ojos resplandecían con una luz
deslumbrante.

La voz del pajarraco les dio la
noticia de donde se encontraban.

—¡Shireen... Shireen!... — gri-
tó desde lo alto de una ventana.

—¡Abí está! — gritó Simbad—.
Esa era precisamente la ventana
que yo deseaba encontrar.

—¡La residencia de las muje-
res! — murmuró Abbú, temblan-

do—. Ni siquiera debemos mirar a las ventanas! ¡Vámonos mientras nuestros huesos están todavía en su sitio!

—¿Tendré que escoger una de sus puertas, o tendré que abrir una especialmente para mí? — se preguntaba Simbad, buscando en su imaginación inagotable el sistema de penetrar en aquel palacio guardado por mil guardias.

Como si el destino quisiera ayudarle, la puerta central se abrió, salió por ella una escolta de soldados, precedida por el verdugo y en medio de la que iban los reos que debían ser ejecutados. Abbá miró con horror al grupo y escuchó al prigionero que decía:

—¡Hombres de Daihul, atención! Su Alteza, vuestro Emir, permite que presenciéis la justicia que se hará a los delincuentes criminales por el pecado de entre todos los pecados prohibidos... por el pecado de poner la vista sobre las hembras sin velo de Su Alteza, el nacido sin mácula, el Emir de Daihul. ¡Observad, para el bien de vuestras almas!

El verdugo descargaba el hacha con un golpe seco y caía rodando la cabeza del que había osado fijar su vista en las mujeres del harem del Emir. Abbá sentía en su garganta el frío del arma, como si

cada golpe lo descargaran sobre él.

Aprovechó Simbad la expectación reinante, para acercarse al centinela de la puerta, y con aire osado y además enérgico le increpó:

—¡Vista al frente! ¡Mentón hacia delante! ¡Cabeza allá!... ¿Te he destinado yo a esta entrada? — le preguntó fingiendo asombro.

—No... lo... sé..., señor — replicó el centinela, que no se atrevía ni a moverse—. Son tantos los que mandan!...

—¡Ah, son las cuerdas estranguladoras de la autoridad! Vamos a ver si están alerta... ¿Cuántos guardias hay dentro?

—Hay ocho en el primer conjunto de casas, señor.

—¿Y más allá?

—Más allá está la entrada a la residencia de las mujeres con doble guardia como de costumbre, señor.

—¡Gracias! Haré que te ascenden por tu agilidad mental — afirmó Simbad, dándole un amistoso golpe en la espalda y corriendo hacia el interior del palacio, desafiando todos los peligros.

Cruzó varios patios, corrió a través de largos pasadizos y de pronto escuchó la señal de alarma: su amigo Abbá, inconscientemente, le había delatado al querer hacerle



El relato de Sinbad cobraba caracteres reales a los ojos de los que le escuchaban...



Idéntico dibujo que el que figuraba en el medallón que Sinbad llevaba prendido sobre su pecho.



*—¿Oz ha dicho algún hombre que el oro no
es más que barro?...*



—¡Jamal! ¡Jamal! ¡Jamal! — chilló el pájaro.



—¡Barbero, sois una montaña de conocimientos!



Shireen se sentía llena de nostalgia.



... si me lo pongo, no seré dueña del vestido... sino
que el vestido será dueño de mí...



—Venid conmigo.



—Venid... yo pueda ofrecerles más que vuestro Emir...



...trataba de desgrudar el medallón codiciado.



Simbad se defendió...



—Vuestra inteligencia y vuestra belleza todavía me sirven bien... pero vuestro corazón...



--¡Dadme el medallón!



*--Bienvenidos sean los vencedores que os han traído
a Deryabar...*



*—Quizá preferís que hablemos a solas los dos...
vos y yo...*



*—¡Shireen! ¡Cuidad vuestras palabras! ¡Exponéis
vuestra propia existencia!*

retroceder, desistir de su descabellado intento, volver sobre sus pasos y abandonar aquella empresa en la que forzosamente había de fracasar.

Simbad se vió perseguido por todas partes. Surgían soldados de todos los rincones. Se alzaban puertas a su paso que interceptaban su huida. Cualquiera que no hubiera sido él se hubiera dado por perdido, pero Simbad luchaba, luchaba con ventaja contra todos sus enemigos. Brincaba como una ardilla y se escabullía como una anguila. Sus perseguidores creían estar luchando con un fantasma. Cuando ya creían apresarle le veían dar un salto y pararse en lo más alto de un torreón, o deslizarse rápidamente por la pendiente de un tejado, o lanzarse al espacio por entre la abertura de dos puertas que se iban cerrando como si quisieran apresarle entre sus dientes.

La lucha enardecía a Simbad. Con sus juegos rápidos desarmaba a unos, hacía caer a otros, engañaba a los de más allá, mientras la alarma iba cundiendo por el palacio y llegaba hasta el harem donde Shireen, rodeada de sus damas, soñaba en un "príncipe vagabundo" que un día le entregó una rosa roja.

—No os preocupéis, mi señora— le decía una de sus damas, mientras balanceaba ante ella un enorme incensario que llenaba de aromas la habitación—. Los guardias no penetran en estas habitaciones a menos que nosotras demos la señal de alarma.

Shireen se recostó en el diván que le servía de asiento y esperó con calma. Pensaba. Pensaba en qué noticias hubiera podido traerle del barco aquel maldito pájaro que había llegado hasta ella y que no había sabido explicarle nada de lo que a ella le interesaba. Pensaba y se sentía llena de nostalgias.

Cuando Pirouze se acercó, mostrándole la maravilla de un vestido regio, Shireen sonrió con amargura:

—Es este el vestido mágico de que me hablaba Su Alteza... el vestido para la Primera Flor del Este, con convenios, disposiciones, condiciones... Y por lo tanto, si me lo pongo, no seré dueña del vestido... sino que el vestido será dueño de mí... ¡el vestido y el Emir de Dabul!

—Un dueño muy atractivo, mi señora... ¡Cuántas mujeres quisieran poder conseguirlo!

—¡Y cuántas mujeres no lo habrán deseado jamás! —añadió

Shireen con amargura—. No quiero ese vestido, es demasiado pesado para mi piel... Tráeme algo que sea sedoso, agradable, suave, y nada de joyas... ¡me basta una rosa roja!

—¿Una rosa, mi señora? — inquirió Pirouze, extrañada del capricho de aquella que tanto amaba las joyas y los lujos.

La rosa de cierto príncipe será siempre recordada — dijo Shireen cerrando los ojos para mejor ver el dulce recuerdo que evocaba en su imaginación.

Simbad, que había entrado silenciosamente por una ventana, hizo un gesto expresivo a Pirouze, se arrodilló al pie del diván y puso una chinela de seda y plata en el pie de Shireen, mientras le decía en su más dulce tono de voz.

—¿Has hablado jamás tan tiernamente de algún otro hombre?

—¿Ahmed! — gritó Shireen, incorporándose, mientras Simbad ya estaba junto a ella rendido y apasionado.

—Sí... soy yo... que traigo nada más que fina gasa elevada desde la calle de las Tres Lamas...

—¡Sea como sea que hayáis entrado aquí, marchad, marchad pronto, o si no...! ¡Pirouze! — ordenó, viendo que Simbad no le ha-

cía ningún caso—. ¡Llama a la guardia!

—Bien... ¡hámatos... — confirmó Simbad, cruzándose de brazos y disponiéndose a sufrir lo que su dueña quisiera imponerle.

—¡No! — ordenó Shireen, deteniendo a Pirouze que iba ya a descargar sobre el gong el golpe de alarma—. ¡Déjule que se quede y que le corten la cabeza!

—¡Oh... no... su cabeza es muy agradable! — confesó Pirouze con un gesto de coquetería.

—No temas, niña... No lo dices en serio... ¡Tú misma le has oído palabras muy gratas para mí!

—Sí...

No pudo concluir, porque Shireen quiso arrojarle un jarro a la cabeza y Pirouze echó a correr para huir del enfado de su ama.

Cuando quedaron solos, Shireen se dirigió a Simbad con un gesto de dolor y de angustia:

—¿Por qué...? ¡Oh! ¿Por qué habéis venido? ¡Ya os advertí que no intentarais jamás acercaros a mí!

—¿Por qué? — replicó Simbad, enlazándola suavemente por el talle—. ¿Por qué vuela la abeja al interior de la "flor con garras"? Porque le gusta el perfume de la belleza, aunque le cueste morir...

—Hablaís de garras que no existen — aseguró Shireen.

—La que me atacó en vuestra casa era bastante real...

—Os dije que creía que estábamos solos...

—Palabras... Palabras... Palabras...

—Si yo hubiera arrojado la daga contra vos... ¡jamás os hubierais hecho a la mar!

—¿Pero la daga de Jamal era errante? — inquirió Simbad, que no creía en duendes.

—No sé nada de él! ¡No le he visto jamás!

—No sé... quizá... ¡Oh, Resplandar Brillante, os creo, os creo! — gritó en un súbito arrebató, besándola apasionadamente—. ¡Creo todas las cosas fantásticas que vos queráis explicarme! ¡Creo en el viento mágico que me llevó a vuestro lado... en el velo mágico de oscuridad en que os envolveré, en mujer de las rosas, y mágicamente os llevaré a Deryabar...! Escondedme, entretanto, hasta el caer de la noche, y entonces...

—Yo conozco un camino secreto en el muro, al otro lado de mi habitación... ¡Pero no, no puede ser! ¡Tal milagro sería demasiado bello para nosotros! — murmuró con desaliento.

—¿Milagro? ¡Bah!... Todo ello

es una insignificancia para quien robó el huevo del "Rue" de su nido de diamantes, para quien apagó el ojo de los Cíclopes, para quien se atrevió a jugar con monstruos del mar...

—¡Por favor... por favor, marchad! — suplicó Shireen, que temía verse sorprendida por el Emir.

—¡Solo no! ¡Solo no marcharé jamás! — afirmó Simbad, decidido—. ¿Cuántos secretos hay en vuestros ojos brillantes, llenos de destellos y misteriosos y profundos como la noche? En el barco lo sabremos... Venid conmigo. ¿Queréis venir dulcemente, mujer encantadora, o debo llevaros en una alfombra mágica? — preguntó, cogiéndola entre sus brazos y llevándola en ellos como si fuera una muñeca maravillosa.

—¡Por favor, debéis marcharos antes que os hallen aquí!... ¡Oh, dejadme, por favor! No adoptéis los modales de vuestra vulgar personalidad!

—No demasiado vulgar para caer en una trampa... ni tan estúpido para picar el cebo... — afirmó Simbad—. Venid, yo puedo ofreceros más que vuestro Emir... ¿No es oro lo que queráis en primer lugar? Lo tendréis, pero ahora mostradme el camino para la salida...

Shireen había logrado desprenderse de los brazos de Simbad y había dado el golpe en el gong, el golpe que era la señal de alarma y al que acudieron rápidamente eunucos, soldados y el propio Emir de Daibul que se enfrentó con aquel hombre que había osado pisar el suelo de su harem.

Simbad se defendió bravamente contra los que querían detenerle y el Emir preguntó a las mujeres que habían acudido al llamamiento de su dueña:

—¿Quién es ese hombre?

—Un ladrón de lo prohibido, señor.

—¿Ladrón... o asesino? — preguntó el Emir, dirigiéndose a Simbad, espada en mano—. ¿Os llamáis por casualidad Jamal?

—¿Yo... Jamal? — replicó Simbad, extrañado.

—Sí... Precisamente esa daga que vos usáis fué lanzada contra mí una noche...

—Un arma muy afectuosa; ¿no podría ser que, al igual que un perro fiel, volviera ella también fielmente a su amo?

—Habéis violado lugares prohibidos... Todo el mundo conoce la pena para el hombre y la mujer infiel... ¿Cuál de ellas os ha atraído aquí? — inquirió el Emir.

Simbad paseó una larga mirada por todas las mujeres del harem,

una mirada que las abarcó a todas y a cada una de ellas, sin detenerse en ninguna, sin delatar a ninguna, y replicó:

—Ofendería vuestro gusto, señor, si me atreviera a distinguir a una de las demás...

—¿Tratáis de proteger a alguna? ¿Cuál es? — gritó el Emir, exasperado.

—No sé... os ruego me dejéis recordar... ¿Fué la de fino talle o la de cara de rayo de luna?

—¿Entonces... rehusáis compartir la pira fúnebre con ella! — exclamó el Emir—. Bien está, Alá la juzgará a su debido tiempo... Yo soy simplemente un humilde capitán de Alá, el ejecutor de sus ordenes y de su justicia... Que todos aprendan la humildad contemplando la simplicidad de la destrucción...

—Maff... — dijo Shireen, acercándose al Emir cautelosamente, después de haber esperado con ansia el resultado de aquella escena.

Y al oído le dijo unas palabras que hicieron cambiar por completo la expresión del rostro del Emir, quien mirando a Simbad y haciéndole una profunda reverencia, murmuró:

—¿Príncipe Ahmed?...

—Sí... si así place a Vuestra Alteza — replicó Simbad, saludando

también en la misma actitud con que le saludaba el Emir.

—Y yo que suponía estabais a bordo de vuestro barco recibiendo la invitación que os envié!

—¿Invitación?...

—Sí... invitación a compartir con nosotros las comodidades del palacio, a gozar de sus placeres... Os envié una escolta de soldados...

—¡Oh... aquella escolta! — exclamó Simbad, sonriendo—. Perdonadme, oh Luz de Daibul, si mis modales de vagabundo trastornan los asuntos del Estado.

—El hombre más feliz de quien he oído hablar — dijo el Emir, mirando largamente a Shireen— era poco más que un vagabundo... Le gustaban los barcos y la navegación y la soledad de los grandes océanos... Cierta dama me habló una vez de la felicidad que le había proporcionado... Pero en verdad puede decirse que cuanto más encendida es la llama de la felicidad, tanto más breve es su duración...

Volvió a mirar a Shireen y viéndola tan maravillosamente seductora e inflamado de pasión, añadió:

—Querida... el paraíso estaba a mi espalda... y yo no lo sabía...

—¿Vos conocíais vuestra propia

Mano Derecha... Mafi? — inquirió Shireen muy insinuante.

El Emir sonrió, enlazando por el tallo a Shireen y conduciéndola hasta el estrado que presidía la mesa del banquete que estaba preparada para agasajar al príncipe Ahmed.

—¿Y vos, mi querido príncipe... no queréis sentaros a mi izquierda? — preguntó el Emir, ofreciendo un lugar preferente a Simbad. — ¡Este será el buen presagio de nuestra noche de noches!...

—En tal noche me siento orgulloso de ser vuestro satélite, ¡oh, Planeta del Este! — exclamó Simbad, ocupando el lugar que le señalaba el Emir.

—¿Acaso mi amigo se burla de las pequeñas glorias de Daibul? — preguntó éste, que había captado cierta ironía en las palabras de su huésped—. ¡Son tan pobres con las maravillas que se cuentan de Deryabâr!... ¡Ah, cuántas veces he estado observando aquella maravillosa nave, registrando los puertos del mundo buscando al hijo del rey de Deryabar!

—Y ahora... nos hemos encontrado los unos a los otros — insinuó Simbad.

—Y hemos encontrado lo más bello del mundo: el tesoro de la amistad con que espero ser honra-

do por vos... Cualquier tesoro de mi palacio es vuestro... — ofreció el Emir, mostrando a todas las mujeres de su harem.

Simbad volvió a pasear por ellas su mirada azul y enigmática; las miraba detenidamente y se detenía con complacencia en algunas de ellas, particularmente en Shireen, que se abandonaba intencionalmente a los brazos del Emir que la tenían sujeta en amoroso lazo.

—¿Cuál?... ¿Cuál de ellas elegís? — preguntó el Emir.

Shireen entornó un poco los ojos en una dulce languidez, se ofrecía y se esquivaba al mismo tiempo, jugaba con el ansia de Simbad, se divertía con ella, la provocaba y la burlaba en un juego inconsciente y perverso. Simbad la miró con aquella mirada brillante y turbadora de sus grandes ojos azules como los océanos de los que estaba enamorado y, en una reverencia graciosa, replicó, señalando a la parte completamente opuesta a la que sus ojos miraban:

—¡Aquella!—y mostró a Pirouze, que le sonrió complacidisima, mientras Shireen se mordía los labios en un gesto de despecho.

—Si ella os place, vuestra es, Alteza—dijo el Emir—. ¿Qué ale-

gría proporciona al donador poder dar! ¡El compartir las cosas nos hace a todos hermanos!

—Verdaderamente es así... ¿Cómo podré pagar alguna vez el recuerdo de esta visita?

—Muy sencillamente... Yo os la devolveré... Os acompañaré a Deryabar.

—Mi viaje os llevaría demasiado lejos, Alteza—afirmó Simbad.

—La amistad no tiene horizontes—replicó el Emir.

Comenzó el festín. Una bailarina, cadenciosamente, giraba ante los comensales en una voluptuosa danza oriental. Simbad explicaba a Pirouze y a cuantos le oían una de sus inacabables y fantásticas historias, con aquella vehemencia y aquella viva imaginación que hacía destellar las imágenes vivas a los ojos de los oyentes.

—...Y yo permanecí en el salón de mármol del infame gigante Comari, que habiéndome examinado por completo me encontró tan flaco que no valía ni siquiera la pena de devorarme... ¡Preparó un gran festín para mí! Sus guardianes, más numerosos que los saltamontes, permanecían formados junto a mí. La fiesta fué muy agradable... y la favorita, huri del monstruo, me favorecía con sus miradas lánguidas... ¡Con su habilidad me había salvado ya de la

espada y su amor hacia mí hizo aumentar mi confianza! ¡Oh, señores, qué amor! ¡Huy que ver... y qué embustero! Verdaderamente mi situación parecía desesperada, hasta que me acordé de la magia que me enseñó un juglar: ¡Aladino! ¡Ah, qué tramposo y charlatán era Aladino! ¡Y qué mágica es la magia cuando sus creyentes tienen poco juicio!

Se movía de un lado a otro del salón, con la daga en la mano, gesticulando con ella, mirando por una huida, pero encontrándose el paso totalmente cerrado por los soldados que formaban la guardia en todas las puertas y que, a la menor señal del Emir, le hubieran despedazado.

Con su daga cortó de un fino tajo una rosa roja que estaba entre multitud de flores en el centro de la mesa, y la mandó hasta la falda de Shireen, mientras decía:

—Con vuestra venia, Alteza... una rosa para la Rosa de Bagdad...

—Pero... seguid contando—suplicó el Emir, que había sentido envidia ante la agilidad con que había enviado la rosa a Shireen—. ¿Cómo huisteis del poder del gigante comedor de carne humana de Comari?

—¡Pronto os lo voy a mostrar,

poderoso señor! Intentaré que la magia vuelva a mí, como en aquellos prodigiosos tiempos — dijo, cogiendo la lámpara que ardía sobre la mesa—. Y ahora fijos bien en lo que voy a hacer... porque puede interesaros mi juego de manos, aquel juego que dejó por completo confundido a aquel monstruo sediento de sangre. Esta lámpara no es ciertamente muy distinta de la que usaba Aladino... Aladino alegaba que su lámpara tenía grandes poderes: "¡Su lámpara...!" Cualquier lámpara sirve lo mismo que "su lámpara"... y el frote de las manos sobre el bronce es puro engaño... ¡No, el secreto de su juego estaba en soplar sobre la lámpara...! ¡así...!

Sopló muy fuerte y obligó a soplar en ella a todas las muchachas del harem, que se afanaban ansiosas de ver el milagro.

De la lámpara comenzó a salir un humo denso y oscuro, un humo que lo fué invadiendo todo, que cegaba los ojos, que daba tos, que enloquecía a cuantos estaban presentes, un humo que hacía desaparecer de la vista todos los objetos y todo lo confundía en su niebla. Hubo gritos de angustia, choques de espadas, confusión, espanto...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta de magia! —gritó el Emir, frotándose los ojos exasperado.

Y al comenzar a disiparse el humo, halló a su lado a Pirouze en lugar de Shireen, y a Simbad no le vió en parte alguna.

—¿Dónde está ese hombre? ¿Dónde está ella? —Dónde se han escondido? ¡Cabezas de tortuga! —rugió, dirigiéndose a sus hombres— ¡Os haré desmenuzarse a todos si no me decís por dónde han salido!

—Yo creí tener al hombre ensartado en mi daga como un conejo... pero... ¡he perdido mi daga!

—Y yo la mía...—iban gritando todos y cada uno de los guardias.

—¡Oh... mirad!—exclamó uno, alzando los ojos al techo.

Allí clavadas, balanceándose, estaban las dagas de todos los soldados que Simbad les había ido arrancando uno a uno.

—Un mago inteligente...—murmuró el Emir—. ¡Pero no tanto como crees! ¡He doblado la guardia en las entradas y muros!

Pero de nada servían los guardias para aquel espíritu ágil y ligero que no se detuvo ante obstáculo alguno y que, con su dulcísima carga en brazos, se lanzó

desde una terraza a un ciprés, obligándole a ceder con su peso hasta que las mismas ramas le depositaron sobre un carro lleno de paja que salía de palacio casi sinamente. Escondidos entre las pajas pudo todavía Simbad coger por el pantalón a Abbú que todavía le estaba esperando en la calle, y llevarle arrastrando hasta el muelle, ya que era preciso zarpar antes de que el Emir saliera de la confusión de aquella humareda, producida por la magia de la lámpara...

Se hicieron a la mar, Simbad se sentía dichoso. Todo había salido según sus propios designios.

—¿Hacia dónde, capitán?—preguntó Yusuf, que estaba en el timón.

—¡Cara al viento! ¡Atended a las velas!

—Gracias a Alá, los vientos monzones son complacientes—comentó Abbú, que aún no había salido de su asombro.

—Sí... "En el octavo mes los vientos son complacientes". Esta es la inscripción que hay en el medallón... y estamos en el octavo mes... ¡Mirad! ¡Los vientos conducen hacia aquella estrella brillante y maravillosa que luce en el firmamento... y la estrella figura también en el medallón!

Estaba contento. Tenía la seguridad de que todo iba a salir a la medida de sus deseos. Salíó a cubierta y se encontró con Abd-el-Melik que apareció ante él con toda la cabeza vendada.

—¿Qué le ha pasado a tu cabeza?—le preguntó Simbad, riendo.

—Tal vez el porrazo que recibíó servirá para estimular su poco contenido — replicó Melik con aquella suave humildad y aquel tono meliflúo que adoptaba cuando se dirigía a Simbad.

—Tabernaes... francachelas... ¡Debí suponerlo! — comentó el marino.

—No, capitán... Yo trataba de servir a mi príncipe y por esto me trasladé a la casa de Hassan, el más famoso de los autores de cartas hidrográficas... Pensé que allí podría hallar algún antecedente de la carta de vuestro barco... Se murmura que fué robada por aquel primo del diablo... por Jamal...

—Sí... alguien la robó la noche del salvamento...—murmuró Simbad, recordando aquel extraño caso, aquella inusitada desaparición del más valioso tesoro que había en el barco: el mapa con la ruta de Deryabar...

—Yo sé muy bien que fué robada... Poco después que vos

abandonastis el barco en Daibul... yo la vi...

—¿Qué...? ¿Tú la has visto?

—Con mis propios ojos.

—¿Dónde estaba? ¡Habla! ¡Dilo que sepas! — apremió Simbad, impacientándose.

—Estaba en casa de Hassan... y yo vi entrar como un fantasma de gran estatura, cubierto con su capucha, con una daga completamente igual a la que vos lleváis colgando de su capa...

—¡Viste a Jamal! — exclamó Simbad, admirado.

—Pero continué siendo un hombre sin rostro... Debo hacer constar que mi propia cara estaba introducida como una luna, en el enrejado, contemplando cierto plano sobre el cual la daga de Jamal estaba trazando una línea desde Daibul hasta una isla llamada Deryabar.

—¡Deryabar! ¿Tú viste ese plano? ¡Habla! ¿Qué viste?

—Os explicaré, Alteza... La reja caía sobre mi cuello demasiado ajustada, y lo retuvo allí... Una serie de porrazos cayeron sobre este promontorio dolorido. Llevo una corona de grandes lámparas rojas, dedicadas a la lealtad y a la infelicidad...

—Entonces... ¿no podrías recordar el plano muy bien?

—No sé... pero os ruego que sigáis la ruta que yo os señalaré...

—No, no, no... No hay necesidad de arriesgarse a la exactitud de tu memoria, Melik. Yo tengo un mejor "Sésamo ábrete", para Deryabar...

—¿Cuál es?

—La más dulce confitura del Emir de Daibul... —replicó Simbad sonriendo expresivamente.

—¡No! ... gritó Melik, horrorizado... ¡No! ¿Dónde está?

—En mi propio camarote.

—¡No... no... no... príncipe! ¡Habéis ordenado la muerte de nuestro barco! —murmuró Melik desalentado, mientras Simbad se había adentrado por una escotilla en dirección a su camarote.

Shireen le recibió boscamente y, viendo que él se disponía a dar la vuelta a la llave de la puerta, lo gritó exasperada:

—¡No cerréis esa puerta! ¡No quiero estar encerrada con un chacal! —y le arrojó un puñal que fijó en la pared la manga de su camisa.

—¡Debía haberla atravesado en vuestro corazón! —murmuró ella, desechada.

—Cierto que podíais haberlo hecho... pero no quisisteis... ¿no es verdad? Vos no podéis querer hacer daño a vuestro príncipe...

—¡El Emir cuidará de eso! ¡Os ahorcará! ¡No tengáis mucha confianza en vuestro porvenir!

—Calma, encanto, calma... Os he traído aquí simplemente para compartir una montaña de oro... ¡insinuó Simbad, acercándose a ella y tratando de calmarla como se calma a una fiera enfurecida.

—¿Qué...?

—Una montaña de oro —repitió Simbad, mientras la acariciaba dulcemente y la rodeaba del encanto de su amor.

—Bien... no teníais que envolverse como a una muñeca para raptarme. ¿no os parece? Pude haber gritado cuando me llevasteis en brazos a través del palacio... y no lo hice, ¿no es cierto?

—No, no lo hicisteis... Lo observé con gratitud... y por esta razón dividiré en dos partes iguales la isla de oro de Deryabar... La mitad será vuestra simplemente si respondéis a una sencilla pregunta... ¿Dónde está Deryabar?

—¿Dónde está...? —repitió Shireen sorprendida y extrañada.

—Sí... no necesitáis decirlo con exactitud, sino aproximadamente... ¿dónde está la isla de Deryabar?

—¿Y cómo puedo saberlo yo?

—¡Por el Emir de Daibul!

Una risa loca, convulsa, sacu-

dió a Shireen que apenas podía hablar, ahogada en sus carcajadas:

—¿Y cómo puede saberlo él? ¡Si él esperaba saberlo de vos! El suponía que vuestro barco tenía el mapa de la ruta de Deryabar... ¡Durante años sus galeras piratas han saqueado las Indias...! ¡Todo menos Deryabar! Fracasó en hallar su mejor premio... y por eso me envió a hacer ofertas en la subasta del barco; por eso vuestro barco fué seguido hasta Daibul; por eso no pudo mataros cuando entrasteis en su harem... ¡Porque suponía que conocíais el camino de Deryabar!

—¡Malvado! — gritó Simbad, apretando los puños.

—¿Y vos qué sois? ¡Un embuste monumental! — rió Shireen, que todavía no podía contener el empuje de sus carcajadas ante el engaño mutuo en que habían estado viviendo hasta aquel instante.

—Es verdad... sí, es verdad. Yo no soy más que un pobre marino llamado Simbad.

—¿Simbad...? — preguntó Shireen sonriendo con una sonrisa luminosa, ilusionada, llena de promesas.

—No hay otro Alá más que Alá... no hay ningún otro Sim-

bad, más que Simbad el Marino.

—Vos...? ¿Vos sois Simbad...?

—preguntó Shireen ilusionada—.

¡Oh, qué historias tan maravillosas hemos oído de él! ¡Incluso en mis montañas Curdas los viajeros hablaban de Simbad! ¡Sí... mucho antes de que yo tuviera noticia del Príncipe Ahmed, ya conocía todas las historias de Simbad el Marino!

Pero Simbad miraba su medallón y miraba el cristal de la ventana de su camarote donde se reproducía idéntico dibujo, y murmuraba:

—Una isla... una montaña coronada con la estrella del Sur... ¡esta sería la isla de Deryabar!

—¡Simbad! — suspiró Shireen, pensando solamente en los sueños que despertaba en su imaginación la magia de aquel nombre.

—¡Simbad! — repitió el marino—. ¿Qué pasaría si toda su vida hubiese llevado un plano pendiente de su cuello... y que este pequeño trozo de oro antiguo fuese en sí bastante para descubrir la ruta de Deryabar?

—¿Y si no hubiese existido nunca Deryabar? ¿Qué pasaría si vos dijisteis seriamente vuestras palabras cuando afirmasteis que no queríais ningún tesoro? ¿Qué pasaría si vos fueseis de veras el es-

pírcu brillante de las historias que van de boca en boca y de país en país, haciendo famoso vuestro nombre?

—¿Qué pasaría si no hubiere existido ninguna maravilla? — siguió diciendo Simbad, arrastrado por las palabras de Shireen—. ¿Qué pasaría si Alá no hubiese permitido nunca a los hombres decir: "esto es oro y aquello es un tesoro... y nosotros somos pobres y debemos buscar"? ¿Qué pasaría si todas las cosas que constituyen la vida de los hombres no estuviesen precisamente más allá del borde del mar? ¿Entonces hubiese existido una vida más feliz?

—Alá no pronunció nunca tal ley... Nosotros, vos y yo, Simbad, no estamos ligados por las intrigas de los hombres... — murmuró Shireen, que había rodeado el cuello de Simbad con sus brazos y que trataba de desprender de él el medallón codiciado.

—¡Atad la cadena y dejad el medallón donde está! — ordenó Simbad, dándose cuenta del juego de la joven.

—¡Apartadlo de vos, Simbad! ¡Puede ser vuestra muerte! ¡Dejad que aquel que halle Deryabar se quede con Deryabar... y gozemos nosotros de la vida...!

—¡Ponedme otra vez la cadena!

—gritó Simbad, despertando de un sueño que pudo haberle sido nefasto—. ¡Bah...! ¿Qué comedia estáis representando para vuestro Emir? ¿Queréis mandarme a mí a cazar rayos de luna... mientras él lleva la Bave de Deryabar?

—Te juro que me había olvidado de él — afirmó Shireen con todos los encantos de una sirena.

—¿De veras? ¡Oh, mi paloma dorada!... En la forma que vos estabais junto a él en el diván... me hicisteis comprender muchas cosas... y sentí lástima por el porvenir del Emir, aunque envidiaba su presente... ¡Por eso tiré los dados y jugué mi suerte! ¿He ganado? ¡No lo sé! Si os pongo a vos en la balanza para pesaros contra el precio que yo pagué por este barco... ¿iríais hacia arriba o hacia abajo...?

—¡Sois un vil servidor del dinero! — gritó Shireen, queriendo agredirle con un puñal.

Simbad se defendió, le estrujó la muñeca hasta obligarla a soltar el arma.

—¡Oh... dejadme... dejadme...! — gritaba Shireen—. ¡Abrid aquella puerta!

—No está cerrada... — replicó Simbad, dirigiéndose a ella tranquilamente—. ¡Y vos lo sabíais mejor que yo...!

Subió a cubierta. La nave guerrera del Emir venía siguiéndoles y no traía esta vez intenciones de paz. Sobre su cubierta ardía el fuego griego y todo estaba a punto para el ataque. Simbad corrió hacia Mèlik que, solo sobre cubierta, apuntaba con su arco hacia el barco enemigo:

—¡Eh, tú, mono! —le gritó Simbad—. ¿Con un arco y una flecha esperas hundir un buque de guerra?

—No, señor... Sólo quiero matar a su timonel... Un pequeño retraso del buque de guerra y estaremos a salvo, protegidos por la niebla hacia la que corremos. ¡El cielo me dé éxito!

Apuntó y disparó. El timonel cayó de bracer sobre el timón y el barco comenzó a desviarse rápidamente, falto de guía.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Simbad, admirado.

—¡Apuntando a todos los del buque menos al timonel! —replicó Mèlik con una maliciosa risita—. No siempre ha de fallar uno en sus empresas... ¡Oh, Príncipe Ahmed, ya sabía yo que aquella mujer debía proporcionarnos solamente disgustos! ¿Queréis oírme ahora?

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó Simbad, desalentado.

—Dejad que yo vaya al timón y que lleve la ruta...

—Y ayudadme también a vigilar a esta tripulación... ¡Todo hombre que haga señales al buque de guerra será pasto de los peces!

—¿Y... si es una mujer? —insinuó Mèlik.

—¡Que la vigilen doblemente!

El barco se iba hacia la niebla densa y espesa que iba cubriendo del mar. Si lograban desvanecerse en ella el Emir perdería su pista y se habrían librado del ataque que se disponía a realizar contra ellos. Mèlik estaba contento, pero de pronto se dio cuenta de que alguien hacía arder una de las velas del barco, dando así la pista a los perseguidores.

Llamó a voces a Simbad y corrieron hacia el lugar donde el fuego se había iniciado. Allí estaba uno de los horobres de la tripulación y a su lado Shireen esgrimiendo un hachón con el que prendía fuego a la vela.

—¡Ah... conque habéis sido vos... vos quien ha atraído sobre nosotros el buque de guerra! —gritó Simbad, tratando de pegar a Shireen. Pero antes de que pudiera hacerlo un fuerte mazazo dado en su cabeza le hizo caer al suelo sin sentido.

Shireen se arrodilló junto a él llamándole por su nombre dulcemente:

—¡Simbad...! ¡Simbad...! — y cogió su cabeza y la apoyó sobre sus rodillas. El medallón estaba allí, ante ella, al alcance de su mano; la tentación era fuerte; nadie la veía; nadie sabría nunca que era ella la que se apoderaba del tesoro de Deryabar. Cautelosamente cortó el cordón que lo tenía pendiente del cuello de Simbad y lo guardó en su pecho, a tiempo que el barco de guerra, embistiendo a la embarcación de Simbad, abría una enorme brecha y procedía al abordaje, haciendo prisionera a toda la tripulación.

Cuando se hubo calmado la exaltación del abordaje, el Emir dió disposiciones sobre los detenidos: los más inútiles fueron arrojados al agua y aquellos que podían ser carne de galera fueron unidos a la cadena que los sujetaba a los remos y obligados a bogar sin descanso bajo el látigo cruel del capataz.

Luego subió a su torre de mando y se paseó por el puente sonriendo satisfecho:

—Estoy muy contento de que hayáis desarmado al mago... ¡Tiene talento para lo inesperado! Ahora disponemos de mucho tiem-

po para analizar todas las fases del jardinero... y de su rosa... ¿Dónde está el mapa que llevaba el barco? ¿Dónde está el medallón que siempre pendía de su cuello? —preguntó, dirigiéndose a Shireen en un tono duro y despiadado.

—¿Espera Mafí todavía que en Mano Derecha le sirva? El la ha cortado...

—Y es una pérdida que os producirá más pena a vos, rosa callera, que al Emir de Daibul.

A menos que yo pueda probar a Vuestra Alteza que por vos me dejé raptar del Palacio — añadió Shireen, con su dulce suavidad, con su incomparable encanto, sugestionando con su belleza y con sus palabras al Emir—. ¿Por qué suponéis que me arriesgué? ¿Para entregarme a un extraño loco... o para hallar la isla para vos?

—¿Tal vez podéis proporcionarme el mapa de la ruta de Deryabar? — preguntó el Emir.

—El barco no tiene ningún mapa... y el Príncipe Ahmed desconoce la ruta hacia Deryabar...

—¿Qué...? — inquirió el Emir, lleno de curiosidad.

—Pero dicen que vos tenéis un cautivo, un barbero, que alega conocer el camino. ¡Ah, si vos pudieseis llevar el verdadero medallón de Alejandro! ¡El Rey de De-

ryabar os descubriría sus cámaras ocultas a vos... su encantador "hijo perdido"...

—No decís nada que no se me haya ocurrido a mí — afirmó el Emir.

—¿No, Mafí...? — inquirió Shireen, desplegando todo el encanto de su coquetería—. ¡Tomad! ¡Llevad vos el medallón! — añadió entregándole el tesoro de Simbad.

El Emir la abrazó amorosamente:

—Vuestra inteligencia y vuestra belleza todavía me sirven bien... pero vuestro corazón...

—¿Acaso tengo corazón, Mafí? — preguntó Shireen, súbitamente entristecida—. Tal vez uno muy pequeño... El Príncipe Ahmed no puede importarnos nada ya ahora... Dejadlo en tierra en la primera recalada.

—¿Por qué no hemos de lanzarlo al fondo del mar? — sugirió el Emir.

—¡Yo le desprecio, Mafí! ¿No es esto bastante? — afirmó Shireen.

—No sé... no sé... — dudó el Emir—. Tal vez hallé el modo de saberlo... Hasta entonces vos sois la luna en el firmamento del Indostán...

—Esta luna os costaría más de lo que poseáis... — murmuró Shi-

reen, en un tono extraño y desconcertante.

El Emir bajó a la bodega donde estaban dando tormento a Abd-el-Melik, el cual se hallaba tendido en el suelo, y atados sus dos pies a un palo que los levantaba a un metro por encima de su cabeza, recibía en sus plantas los vergajos de los verdugos.

—¡Perros! ¡Bandidas! ¡Rufianes! — chillaba el hombre con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Hijos de buitres! ¡Os haré encarcerar!

—¡Nos hará encarcerar! — rieron sus verdugos, divertidísimos de aquella peregrina amenaza.

—Este hombre, Alteza — explicó el capataz viendo llegar al Emir—, ha jurado que conoce el camino de Deryabar, pero no da ninguna información. ¡Creo que miente para salvarse de los remos!

—¡Oh Luz de Daibul! Yo conozco el camino, pero no puedo verlo en esta posición — explicó Melik que se sentía ya sin fuerzas para seguir soportando los vergajos en las plantas de sus pies.

—Saltadle... Tiene cara de idiota y dudo que sepa nada...

—Lo suficiente, señor pavo real — replicó Melik, que libre de sus ligaduras caminaba hacia el Emir sobre sus rodillas, por no poder

sostenerse en pie—. Lo suficiente para confundir tu espesa inteligencia.

—¡Bah... un sueño fantástico de poder!

—¿Sueño? Entre mil islas insignificantes, todas de una misma forma, ¿podéis hallar la isla exacta? ¿Dónde está? ¿Al Este... al Oeste... al Norte... al Sur? ¿Está tan cerca como creéis, o tan lejos como suponéis? ¡No! ¡Jamás hallaréis la isla de Deryabar sin la benevolencia del Príncipe Ahmed y la mía...

—¡Traedme al Príncipe Ahmed! —ordenó el Emir.

Simbad también había sido atado y cruelmente atormentado en venganza a todo cuanto había osado hacer contra el Emir y, si conservaba todavía la vida, era por orden expresa del Emir de Dalbul que pretendía apoderarse de su secreto.

Simbad compareció ante el Emir y dijo, dirigiéndose al barbero que acababa de sacarle de tan grave apuro:

—¡Abd-el-Melik! ¡Yo te nombro Gran Visir del Reino de Deryabar!

—Otorgad vuestros honores con menos ligereza, Ahmed... Vos ya no existís —le dijo el Emir, mostrándole el medallón que llevaba ahora prendido sobre su pecho.

Hasta aquel momento Simbad no se había dado cuenta de la pérdida de su único tesoro, y mirando a Shireen, que estaba junto al Emir, dijo, con aquella volubilidad y aquella desbordante imaginación de la que sabía hacer gala en todo instante:

—Shireen... felicitó a Su Alteza por la fidelidad de sus mujeres...

—Yo os digo, que al palacio de vuestro padre llegará un nuevo Príncipe Ahmed... —insistió el Emir— y que yo sabré recompensar a mis mujeres en proporción a su lealtad. Y vos, querido mártir, ¿podéis ayudarme a determinar el grado de lealtad de mis mujeres?

—¿Mártir? ¡No me glorifiqueis, Alteza! —exclamó Simbad, fingiendo humildad.

—Debéis sentir una admiración hacia vos mismo... Vuestra muerte tendrá la calidad del valor... será una muerte dolorosa, lenta... A la mujer de la ambición se le ofrecerá la mitad de Deryabar, pero ella deberá juzgarse a sí misma... ¿Venderá el secreto de su corazón... mientras os contemplo a vos torturado lentamente? —insistió el Emir, con refinada maldad.

—¡No! —replicó Simbad, sin alterarse—. Por una moneda ella

me vendería a Satán, y vos os rajaríais la lengua tratando de ser el Príncipe de Deryabar... ¿Podéis, si no, mencionar el día de la luna y la luna del año en que ese medallón me fué impuesto por mi padre? ¿Podéis mencionar quién era el padre del padre del padre de mi padre? ¿Podéis recordar los cien antecesores de mi madre? ¿Tenéis los ojos azules de los Ahmed? ¿Tenéis una cicatriz debajo de vuestra décimotercera costilla? — preguntó, con preguntas apremiantes y rápidas.

—No... pero tengo... — murmuró el Emir un tanto desconcertado.

—No la tenéis todavía... pero la tendréis — dijo Simbad, apuntando directamente con su daga el corazón del Emir —. ¡No os mováis! ¡Permaneced quieto, o de lo contrario la Luz de Daibul se apagará para siempre! ¡Dadme el medallón!

—¡Idiotas! — gritó el Emir a sus vasallos —. ¡Le habéis dejado armado!

—Parecía medio muerto, Alteza... No se le halló ningún arma encima...

—El medallón — pidió con más apremio Simbad.

—¿De dónde ha sacado esta daga? — preguntó el Emir, miran-

do la que apuntaba a su pecho, y leyendo en ella la inscripción que llevaba en su hoja, murmuró lleno de pánico: ¡Jamal...!

—¡Jamal! — repitió Simbad, mirando, horrorizado también, a Abd-el-Melik, cuyo rostro se había transfigurado y aparecía como el de un monstruo de maldad y de maldición.

—Sí... soy yo, yo mismo, Jamal — explicó Abd-el-Melik con una sonrisa siniestra —. Vuestro socio, señores, tanto si os gusta como no... Yo envenené el agua del barco para robar el mapa de la ruta de Alejandro... ¡Y ahora no existe mapa alguno más que aquí! — añadió, señalando su frente, dentro de la cual encerraba el secreto de Deryabar que sólo él conocía.

—¡Bestia inmundada! — masculló el Emir, viéndose vencido por la astucia del maldito mago.

—¿Tu conciencia está más limpia que la mía... carnicero de Daibul? Pero... ¿qué importa? Jamás tres enemigos se necesitaron tanto el uno al otro... Vos tenéis un barco; yo conozco la ruta... Pero el hallar Deryabar no significa obtener el tesoro de un hombre sabio... Solamente a su hijo hablará el Aga sobre lugares secretos... Por eso necesitamos conservar vi-

vo al Príncipe Ahmed... Si; yo también estuve tentado de destruir todo lo que se oponía a mí para la obtención de la Riqueza de los Imperios... También yo quise deshacerme del Príncipe Ahmed y de vos mismo, Mafi... En un jardín de Basra yo le atacué... y no obstante, más tarde, cuando mi navaja podía haberle cortado el cuello... un destello de inteligencia me deluvo... y me convertí en aquel momento en su aliado y fiel servidor... ¡Hay todavía muchos destellos que debo aclarar! Por eso os aconsejo que la tratéis con amabilidad...

—Naturalmente, así se hará... mientras haya mutua necesidad.

—Desde luego... Y ahora tened en cuenta mis consejos, Alteza. Hassan el cartógrafo y todos los hombres inteligentes del Este me han dado muy buenos consejos. En primer lugar tened cuidado con las corrientes mortales de esas aguas... No debéis anclar demasiado cerca de la isla...

—¿Qué isla?

—¡Deryabar! — exclamó Melik, señalando el horizonte donde comenzaba a dibujarse la silueta de una montaña, de idéntico dibujo que el diseñado en el medallón. Y sobre la montaña, allá en lo alto, en la inmensidad de un cielo se-

reno y oscuro, brillaba la estrella del Sur, la misma estrella que el medallón tenía grabada sobre la montaña.

—¡Deryabar! — exclamó el Emir, cuyos ojos brillaron de codicia.

—¡Deryabar! — suspiró Simbad, con las pupilas llenas de ensueños.

—¡Deryabar! — musitó Shireen melancólicamente.

Anclaron lejos de la costa. Las lanchas les transportaron a tierra. Parecía una isla desierta. Rocas enormes se levantaban a la orilla del mar que las coronaba de espuma en su furia de no poder vencerlas.

—¿Quién fué el que llamó a esta tierra un Reino? — preguntó el Emir, decepcionado ante la desolación que les rodeaba.

Pero uno de los hombres que había sido enviado a la vanguardia para abrir el camino a la expedición, gritó de pronto:

—¡Capitán... el palacio de Atajandro!

Corrieron hacia el lugar donde se divisaba. En efecto, a lo lejos se destacaba la silueta del palacio de una magnífica perspectiva. Los torreones aparecían derruidos en alguna de sus partes, pero las columnas que los sostenían eran de

una gracia y de una elegancia inusitadas.

—¡El palacio de Alejandro! — exclamó el Emir, extasiándose en su contemplación—. Será una magnífica tumba para padre e hijo...

—Pero primero... dejad que descubran su secreto — aconsejó Melik.

Se adelantaron hacia el palacio medio en ruinas. Todo era silencio en su derredor, como si sólo estuviera habitado por sombras y recuerdos. Entraron en el amplio patio que se abría ante la entrada y allí, sentado sobre una piel de tigre, un anciano de lengua barba blanca, de ojos mortecinos y porte de asceta, salió a recibirles:

—Bienvenidos a mi hogar — les dijo, poniéndose en pie y avanzando hasta ellos.

—¿El Aga de Deryabar? — inquirió Melik en voz baja.

—Eso parece... ¡El Faraón de un reino vacío! — comentó el Emir.

Simbad había corrido hacia el viejo y le saludaba alegremente:

—¡Oh, Rey de Leyendas, Monarca fabuloso de la era... planeta del firmamento del Sur...! Vuestro hijo ha venido al fin a unirse a la gloria de vuestra corte...

—¿Mi hijo? — murmuró el vie-

jo Aga, sintiendo un leve temblor en su voz.

—Sí, Ahmed, vuestro hijo... ¿O acaso os falla la memoria? — preguntó Simbad.

—La memoria ha sido mi vida — replicó el viejo en tono sentencioso—. La memoria... y la esperanza...

Le miró largamente, le acarició el rostro y luego tomó entre sus manos el medallón que volvía a brillar sobre el pecho de Simbad:

—¡Este es el verdadero sello real de Deryabar! — murmuró el Aga—. Espero que vos seáis mi verdadero hijo... El tiempo me lo dirá... El tiempo me dirá con qué espíritu has venido a mi lado...

—Un buen hijo, querido Aga — intervino Melik —, llega siempre lleno de amor y sumisión al lado de su padre... ¡Cuántas veces ha hablado de su afecto hacia vos! En vuestra ausencia yo he sido un segundo padre para él... y he compartido su infortunio... El barco zozobró... y fuimos salvados por este gran señor del Norte — explicó, presentando al Emir.

El Aga les miró detenidamente. Sus ojos mortecinos parecían cobrar destellos de juventud. La llegada de aquellos hombres a su casa le hacía remontar el curso de

su propia existencia. Les miró y les dijo pausadamente:

—Bienvenidos sean los vientos que os han traído a Deryabar... Mi casa es vuestra casa... mi casa y todo lo que contiene...

Simbad se acercó más al Aga y le dijo, sin titubeos:

—O bien mi padre es muy generoso... o habla el lenguaje de las parábolas...

—Si hablo el lenguaje de las parábolas — replicó el viejo mirando largamente a Simbad—, mi hijo tiene que aprender mucho en cuestión de lenguajes.

—Entonces, querido Aga... — intervino Melik en su tono melifluo y tentador—. ¿Por qué no le instruis en los Alfás y Omegas de los Secretos del Oro? Creo que cuanto se refiere a riqueza y poderío se entiende en cualquier idioma.

El Aga calló un largo espacio de tiempo, volvió sobre sus pasos lentamente y se sentó de nuevo en aquel pedazo de columna recubierto con la piel de un animal salvaje, y mirándoles a todos con sus ojos dulces, lejanos, como si vinieran ya de un mundo muy apartado del que le rodeaba, dijo:

—Está bien... voy a deciros todo lo que sé.

—¡Esperad! — gritó Simbad

dando un brinco ágil y colocándose a su lado—. ¡Esperad! Tal vez preferáis compartir vuestro secreto solamente con alguien de vuestra propia sangre... con alguien de vuestra propia familia... Quizá preferáis que hablemos a solas los dos... vos y yo...

—¿Por qué, hijo mío? Ni ellos ni tú seréis capaces de comprender mis palabras... Venís cegados por el fulgor del oro, por el deslumbrante resplandor de los tesoros de Alejandro... y yo sólo puedo deciros, en palabras sencillas, que el mayor tesoro del mundo reside aquí... y aquí... — dijo, señalando primero su corazón y luego su frente, dando a entender que sólo el amor y la inteligencia pueden dar la absoluta felicidad en la vida—. Sí —continuó diciendo—, este es el verdadero tesoro; y también puede encontrarse, para quienes saben ver, que el tesoro está en el mar infinito y mudable; en la vasta inmensidad de los cielos; en la tierra verde y jugosa...; o en unos ojos azules, brillantes y enamorados... ¡Ah...! — se interrumpió, viendo llegar hasta él a Shireen, con su porte de reina y su belleza de Venus—. ¿Ha venido con vosotros una mujer?

—Sí, querido Aga — se apresuró a contestar Melik—, una dulce

viajera salvada de los piratas por vuestro hijo. Hemos pensado que aquí hallaríamos refugio seguro para ella...

—¡Magnífico refugio! —aseguró el Aga—. Lo ha sido para mí... y puede serlo para los que me sucedan... Algunos mercedadores vienen a tierra de vez en cuando; pero sus barcos mueren lentamente, vencidos por las corrientes... y ellos mueren también, luchando unos contra otros, ansiosos de ser cada uno el único poseedor de los tesoros de esta isla...

—¡Mi padre es un profeta! —exclamó Simbad, admirado.

—No es necesario ser un oráculo para decir de lo que los hombres son capaces para apoderarse del oro de la tierra... También yo lo he aprendido bien... desde el día en que hallé, en una cómoda antigua, la Carta y el medallón de Alejandro —aiguó diciendo el viejo Aga—. ¡Ah...! ¡Cómo se extendió la noticia de mi descubrimiento! Mi hijo, tal vez, no puede recordar cómo, cogido de mi mano, huimos de las manos tenebrosas que le hubiesen secuestrado. Ellos sabían muy bien que yo no hubiera podido guardar mi secreto si mi hijo estaba en sus manos... La muerte, pues, no fué tampoco extraña para mí... ¡También yo

maté... maté para salvar a mi hijo de aquellos malhechores!

—No sé si vuestro hijo hubiera hecho lo mismo por vos... —insinuó Shireen, que quería vengarse de Simbad.

—Creo que lo haría, lo mismo que lo hice yo por él —aseguró el Aga, mirando con ternura a Simbad—. En aquellos días era yo quien le conducía de mi mano, guiando sus pasos vacilantes de niño... Hoy su mano fuerte me conducirá a mí, en la debilidad de mi decrepitud... Hace mucho, mucho tiempo y para su propia salvación, le escondí entre mis amigos de los barcos mercantes, mientras yo seguía la ruta que señalaba el mapa, la ruta hacia Deryabar, la isla del tesoro... y perdí mi barco en aquella envenada de la muerte...

—¿Y qué encontrasteis aquí? —preguntó el Emir, ansioso de conocer el secreto y encontrando demasiado lenta la explicación del viejo Aga.

—Encontré lo que no conocía... el afecto hacia la felicidad perdida... hacia la felicidad que ahora me proporcionaba mi nueva vida de hombre bueno, libre, sencillo, sin ambiciones ni odios... como no fuera el odio hacia la Leyenda de la Riqueza, esta espada mons-

truera que no permite entrar en el mundo, esta espada por la que la humanidad lucha, se debate, asesina, se vende, se ultraja y se pisotea... Y no obstante encontré que el secreto de esta "Leyenda de Riqueza" era mi mejor defensa para vivir tranquilo, lejos de los hombres... Sin mí no hay secreto... porque lo llevo dentro de mí y conmigo ha de morir...

—Vuestra actitud es noble, mi querido Aga —dijo Melik, venciendo su impaciencia—, pero vuestro lenguaje está lleno de evasivas... ¡Aquí hay oro! ¡Dro...! ¡No lo neguéis! Porque sin oro no hubierais podido construir aquel barco maravilloso... ¿Dónde está el oro que encierra esta isla?

—¡Oh mi elefante preguntón! —exclamó el Aga con dulzura—. ¿Suponéis que fui yo quien mandó construir aquella vanidad flotante? De entre todos los buitres e impostores que cayeron sobre Deryabar, aquel barco fue la mayor de todas las imposturas... Su capitán alegaba ser mi hijo... Entonces, la tripulación que había quedado conmigo, después del naufragio, se apoderó del barco y fue en busca del verdadero Ahmed...

—¿Estáis seguro que no lamentaréis vuestras pesquisas? —inquirió Shireen con acerba ironía.

—¿Por qué lo preguntáis? —inquirió el Aga, mirando fijamente a aquella mujer de deslumbradora belleza.

—Porque... siendo su padre... le confiaréis vuestro secreto... y en el momento en que se lo digáis...

—¡Silencio! —gritó el Emir que temió que Shireen fuera a cometer una irreparable indiscreción.

—¡Sí, silencio...! ¡Os he comprendido! —replicó el Aga, adivinando la amenaza que caía sobre Simbad, si le confiaba su secreto—. Y vos... hija mía... ¿dais más valor a mi hijo que a todos los tesoros de Deryabar? —inquirió con infinita dulzura.

—Sí... ¡Oh, sí... infinitamente más! —confesó Shireen con apasionamiento—. Traté de convencerle de ello en el barco y le robé el medallón esperando mantenerle alejado de esta isla...

—¡Oh... no sabe lo que se dice! —exclamó Simbad, que no creía nada de lo que decía aquella mujer que tantas veces le había engañado.

—Sí, sí... digo la verdad —insistió Shireen.

—¡Shireen! —exclamó Simbad, enardecido—. ¡Cuidad vuestras

palabras! ¡Exponéis vuestra propia existencia!

—Ya lo sé... — murmuró Shireen, no osando hacer una más completa declaración de su amor.

—¡Ahmed... Ahmed... qué poco entientes de tesoros! — murmuró el Aga con una dulcísima sonrisa en sus labios.

—Pensad cuidadosamente lo que estáis diciendo —susurró el Emir al oído de Shireen—. Vos misma os estáis condenando.

—Ya lo sé... ¿Y para qué? ¡Para él, que no dejaría caer ni un dinar por amor a su padre...! — suspiró Shireen con acento doloroso.

Melik, el Emir y todos sus hombres, rodearon a Simbad, amenazándole con sus espadas: entonces Melik se adelantó unos pasos hasta el Aga y le dijo:

—¿No habéis afirmado, querido Aga, que no guardaríais ningún secreto si vuestro hijo cayese alguna vez en manos tenebrosas? ¡Mirad... la mano de Daibul le amenaza! ¡Confesad vuestro secreto!

—Reveladnos el lugar del oro, miserable; si queréis a vuestro hijo... — amenazó.

—Bien... bien... os lo diré... — replicó, vencido, el Aga, al ver la

amenaza que pesaba sobre Simbad—. Os lo diré... Está...

—¡Callad, Aga, callad! — gritó Simbad con voz firme y enérgica—. ¡No habléis por mí! ¡Callad, os lo suplico! ¡No soy vuestro hijo!

—¿Qué...? — murmuró el Emir, desconcertado.

—¿Y el medallón...? — insinuó Melik.

Simbad soltó una risolada sarcástica y vibrante que el eco fue repitiendo en la vasta inmensidad de aquellas soledades:

—¡El medallón...! Lo compré en un bazar no hace más de un año... ¡Soy el mayor embustero que existe en todo el mundo islámico! ¡Yo no soy el Príncipe Ahmed... sino Simbad el Marino! ¡Simbad, el más pobre, el más paupérrimo, el más miserable de todos los mortales, rico sólo en fantasías y en imaginación...!

—¡Simbad...! — exclamó Shireen con una deliciosa e inefable sonrisa en sus labios—. ¡Sóis Simbad!

—Sí... soy, simplemente, Simbad el Marino... Vos supisteis escavar mi personalidad despreciable...

—¡Ah... qué feliz mártir! — exclamó Melik, intentando agredir a Simbad.

Pero éste se escabulló ágilmente de la agresión y replicó con aquella volubilidad de palabra que le era característica:

—¿Mártir otra vez? ¿Y quien puede afirmar quién va a ser el verdadero mártir en estos momentos? ¿Cuál de nosotros tres: Jamal... o el Mafi de Daibul... o Simbad el Marino? ¿De los tres sólo uno está destinado a sobrevivir! ¡Cada uno tiene el poder de terminar con el destino de los otros dos!

—Vos sois el que estáis condenado a perecer... Vos, y vuestra Rosa de Persia — afirmó el Emir, lleno de ira y de indignación.

—¿A perecer... o a sobrevivir? — replicó Simbad.

—¿Qué poder os atribuis para salir triunfante? — interrogó Mélik.

—¡El poder de la magia! ¡Si cuento con la magia para arrancar el colmillo envenenado de una serpiente... ¡Esperad! — añadió, sacando con su espada un diminuto pomo que Mélik llevaba oculto entre los pliegues de su vestido — ¡Mirad, Mafi, aquí está el veneno que tenía preparado para vos... y para vuestra tripulación...!

—¿Qué...? — murmuró el Emir, el menos inteligente de los tres y el más asombrado por todo cuan-

to estaba ocurriendo en su derredor.

—Escuchadme, Alteza. Hay cierta magia en tener buena memoria... ¿No ha sido él mismo quien ha confesado que envenenó el agua del barco, donde murió toda la tripulación? Creo que pronto el agua de vuestro barco hubiese sido también mortal...

—¿Qué hay en este frasco? — preguntó el Emir, presentándolo a Mélik que palideció intensamente y replicó, sin gran energía:

—Nada... nada peligroso; señor...

—La mejor prueba está en hacer el experimento — insinuó Simbad, haciendo un gesto expresivo a fin de que el Emir obligara a Mélik a beber el contenido del frasco.

—¡Eso es absurdo! — exclamó Mélik, sintiendo frío en sus venas—. Ese frasco no contiene más que esencia de flores de Samarkand...

—Entonces... bebed... bebed el perfume de las flores de Samarkand... — instó el Emir.

—Y soñad en jazmines y jacintos... en rosas y tulipanes... — añadió Simbad, irónico.

—¿O preferís pasar un mal rato en el potro de tormento? — dijo el

Emir, ofreciéndole de nuevo el frasco.

Melik lo tomó, hizo todos aquellos signos cabalísticos que, según él, le libraban de la muerte, se quedó todavía más pálido y bebió hasta la última gota el contenido del frasco, teniendo aún fuerza para sonreír con aquella sonrisa suave y empalagosa que adoptaba cuando quería aparecer amable y bueno:

—Es una mezcla afortunada de productos de la vid... ¡Inofensivo y de sabor delicioso! Cuando yo no era más que un vendedor de vinos miserable, hubiese podido ganar grandes sumas con este líquido... ¡Ah...! ¿No veis? Siempre he sido una desilusión para los demás... igual que lo he sido para mí mismo... Cuando era Jefe Catador del Khan de Bokhara, él expiró a causa de una copa que a mí no me hizo nada más que ponerme un poco alegre...

—¿Sois un Mago...? ¡No! —gritó el Emir—. ¿Creéis que no podemos abrir la boca del Aga sin vos, para que nos confie su secreto? ¿O que la Luna del Indostán no podía caer de su firmamento? ¡Un premio para los hombres de mi barco! ¡Pronto, al ataque! ¡Pronto! —gritó, a tiempo que los soldados y marinos comenzaban a

luchar desesperadamente, intentando apoderarse de Shireen, a quien el Emir les regalaba como el mejor premio.

—¡Sacadla de aquí! —seguía diciendo el Emir sin hacer caso de los gritos desesperados de Shireen—. ¡Sacadla de aquí! ¡Os la doy para todos! ¡Y luego soltadla donde mejor os plazca... para que vaya al más rico pastor en la calle de los Leprosos de Daibul...

—¡Que Satanás le abraza en sus mazmorras! —gritó Shireen, a la que los soldados se llevaban lejos en medio de un griterío infernal.

Simbad sintió como si le desgarraran el corazón y dió un rugido de coraje:

—¡Vos mismo habéis abierto vuestro pozo de tormento, Mafí! —amenazó—. ¡Habéis encendido vuestro propio azufre...! ¡Por Alá, yo haré cuanto pueda para veros arder en él!

—¡Locos! —exclamó el Aga poniéndose en pie y mostrando toda la noble esbeltez de su figura señorial—. ¡Locos...! ¿Creéis que podréis mantener separados a los dos únicos que supieron hallar el verdadero tesoro de Deryabar? ¡No, no, la verdad os barrerá separadamente! ¡Os habéis ganado el destino que tienen todos cuando tocaron lo que llamáis "La Rí-

queza de Deryubar!... ¡Tomadlo! ¡Yo os lo doy! ¡Sellad vuestros mismos vuestros destinos!... Id a aquella fuente... y haced presión sobre el cuarto pétalo del loto... y veréis aparecer en el fondo de la fuente el tesoro por el cual lucháis... y por el que os vais a perder...

Melik se adelantó temblando de emoción y de codicia... Hizo lo que el Aga le aconsejaba, y la fuente se fué secando rápidamente y dejó aparecer en su fondo todo el tesoro de Alejandro. Melik bajó hasta allí, se sentó en medio de todas aquellas maravillas... las acariciaba con manos suaves, como acariciaría la piel sedosa y amada de la mujer de los sueños... con verdadera voluptuosidad, mientras iba sintiendo ya los efectos del veneno que había ingerido. Sus ojos se enturbiaban... su boca se contraía dolorosamente, pero aún tenía fuerza para sonreír ante la maravillosa riqueza que le rodeaba.

El Aga miró a Simbad con ojos amorosos, le acarició el rostro y le dijo con dulzura:

—Tú, entretanto, ve a buscarla... hijo mío...

—¿Vuestro hijo? — preguntó Simbad.

—Sí... mi hijo... mi hijo muy

amado... Anda, ve, ve a buscarla, ya que sólo tú has sabido comprender dónde se hallaba el mejor de todos los tesoros de la tierra...

Simbad dió un salto y desapareció, no logrando los soldados detener su paso ni obstruir su carrera.

—Vuestro mago se ha escapado, Emir... — rió Melik, que no cesaba de acariciar las piedras preciosas, los metales ricos, las monedas, las perlas que yacían en el fondo de la fuente como una fantasmagórica visión.

—Aunque se haya escapado, mi plan no sufre alteración alguna, querido Jamal — contestó el Emir con perfecta calma —. Mi plan primitivo de proporcionar a mis dos socios una desaparición brillante y sensacional... ¡Nada, nada quedará con vida en esta isla! ¡Cuando los botes estén cargados — ordenó a sus hombres — sellad la fuente! ¡Avisad al buque de guerra para que prepare el Fuego de los Griegos... Enviaré bajeles desde Daibul para que me traigan oro. ¡Bajo las cenizas y las piedras de Deryubar ellos lo encontrarán...! ¡De prisa... de prisa... hemos de aprovechar la marea para zarpar...! ¡De prisa!

—¡Asno con rugidos de león! — exclamó Melik, con la voz que se

le iba debilitando—. ¡Yo no me sentiría tan seguro en vuestro lugar... al menos mientras ese Simbad se desliza en las sombras!... Es verdad que yo intenté envenenar el agua del buque... Es verdad que sólo uno de los tres podía sobrevivir... Pero en modo alguno podéis vos hacermé mucho daño... Sin el ansia de buscar... sin el afán de apoderarme de la riqueza... sin el incentivo de la lucha... los mismos bienes se convierten en una cosa lúgubre y fría... Las pesquisas que durante mi vida he realizado para hallar el tesoro de Alejandro, han tenido un término feliz, puesto que lo he hallado...! ¡Mía es la riqueza de la tierra! ¡No, no he fracasado!... Unicamente que ahora ya no me interesa vivir...

Su voz se había ido quebrando y las joyas que retenía en sus manos y que apretujaba contra su corazón, cayeron de nuevo al fondo de la fuente. Melik había muerto.

Entretanto los hombres del Emir iban cargando en los botes los sacos repletos con cuanto en ellos podía haber. Enorme era el tesoro. Y se daban prisa en transportar desde el palacio a la orilla aquella carga que debía enriquecerlos a todos, mientras los reme-

ros apresuraban su marcha para poder hacer más viajes del barco a la playa antes de que la marea les obligara a zarpar.

Sobre cubierta los soldados se disputaban a Shireen, que se defendía bravamente, con furia, con energía, mientras llamaba al único que podía salvarla de la furia hambrienta de aquel grupo de hombres que se disputaban el mejor botín: la belleza de la favorita del Emir.

—¡Simbad...! ¡Simbad...! ¡Simbad!... — gritaba Shireen, en un supremo esfuerzo de angustia y desesperación.

Y como si acudiera a sus gritos, rompiendo el saco en que había llegado oculto hasta cubierta, Simbad despojó en un momento a los hombres que estaban en torno a su amada, los arrojaba al mar, desataba de sus cadenas a los galeotes, mataba a aquellos que no querían serle fieles y agasajaba a los que se le mostraban amigos, haciéndolo todo con tal rapidez, con tal precisión, que él solo parecía ser un ejército de hombres.

Ya, a lo lejos, se veía desatracar de la orilla el último bote en el que venía el Emir con sus más fieles corsarios. Sobre cubierta ardía el fuego griego, presto a ser lanzado sobre la isla para destruir.

la y dejarla reducida a cenizas donde sólo el Emir y sus amigos pudieran hallar el tesoro que aún quedaba por no tener más cabida el barco para llevárselo.

Simbad no titubeó ni un momento. En el barco sólo quedaban hombres que le eran fieles. Los demás todos habían sido arrojados al agua. Sólo uno tuvo aún la osadía de hacer señales a los que venían, pero pronto fué a ser pasto de los peces, como los demás.

—La linterna del buque de guerra estaba dando señales... y de pronto se ha apagado — dijo uno de los corsarios que remaban en el bote del Emir.

—¿Qué peligro puede señalar? Debe ser que el aceite no arde bien y ha hecho alguna oscilación. No podemos temer nada — afirmó el Emir.

—Sin embargo... a veces pienso que una cadena floja... un candado mal cerrado... y vos sabéis que los galeotes no sienten ningún afecto hacia vos, Alteza...

—Lo sé... pero no me importa... No necesito el afecto de esos buyes bien uncidos a su yugo... Su misión es trabajar para mí... No necesito ni su adulación ni su estima, mientras esté junto a ellos el látigo del capataz... ¡Ahora puedo apoderarme de todo cuanto se

me antoje! ¡Puedo ser dueño del poder del Mundo, porque tengo conmigo su riqueza!

—¡Simbad...! ¡Simbad!... ¡Simbad! — gritó el pajarroco agorero, dando vueltas sobre la cabeza del Emir.

—¿Simbad...? — preguntó éste, sobrecogido por un extraño presentimiento.

—¡Simbad...! ¡Simbad...! ¡Simbad...! — repitió el graznido del pájaro, que se alejó, perdiéndose en las sombras de la noche, hacia un rumbo desconocido.

—¿Simbad...? ¿Suponéis que el mago está en el buque? — inquirieron los corsarios, sintiendo que el miedo se apoderaba de ellos.

—¡Imposible...! Después de todo no era más que un loco y simple mortal. Yo le quemaré con todo lo que aún existe en Deryabar...

Pero en aquel momento, la catapulta del fuego griego comenzó a lanzar su mortífera carga. Un fuego cegador salió del barco y cayó en el mar, a pocas yardas del bote del Emir.

—¡Ya os dije que ocurría algo malo en el barco! Disparan contra nosotros... — comentó el corsario, mirando con ojos agrandados por el terror el nuevo penacho de fuego que venía hacia ellos, lanzado por la catapulta.

—¡Virad...! ¡Remos hacia atrás!
¡Alejémonos del peligro! — gritó
el Emir a sus hombres.

Pero éstos, presas del más terrible pánico, se habían ya arrojado al agua abandonándole a su fatal destino.

—¡Cobardes! ¡Canallas! ¡Rofiosos! ¡Inmundos! — gritó el Emir—. ¡Ni siquiera he podido comprar vuestra lealtad... pero habéis de pagarme muy cara vuestra traición!

Un nuevo y más amenazador penacho de fuego salió del barco y vino hacia el bote, esta vez en certera puntería. El Emir vió cómo aquel fuego amenazador iba llegando hasta él, iluminándole con su resplandor siniestro y terrible. Lanzó un grito de angustia, un grito que hubiera podido escucharse a enorme distancia, y que quedó envuelto en las llamas del fuego griego que ponía fin a una existencia perversa, maligna y ambiciosa...

* * *

—¡Los que creéis... lo mismo que los que dudáis...! ¡Oh mis queridos hermanos de Basra!— continuó diciendo Simbad a los pescadores que habían escuchado en silencio el maravilloso relato—. Sabed que acabo de contaros la verdad... Y por los frutos que os traigo, sabréis que es la verdad lo que os he contado...

Sacó de sus bolsillos collares de perlas, puñados de esmeraldas y rubíes, monedas de oro, topacios y amatistas, todas las piedras preciosas y las joyas admirables que había conseguido en Deryabar, y se las arrojó como si fueran miserables migajitas de pan:

—¡Tomad...! ¡Eso sólo es una ínfima parte de lo que quedó en la isla del tesoro! ¡Tomad, coged lo que os plazca...! Pero... ¡Oh cabezas de melón! ¡Por qué creéis que he contado toda esta historia? De todas las demás que os conté no sacasteis ninguna enseñanza... No aprendisteis nada sobre la dignidad, el valor, la paciencia, la alegría. Sin embargo, yo había es-

perado enseñaros la inutilidad de todas las cosas por las que los hombres luchan y se desesperan...

—¿Inutilidad? — inquirieron aquellos hombres que se habían arrojado sobre las joyas y se las disputaban encarnizadamente.

—Sí... inutilidad como estos granos de arena... ¡Todo eso vale menos que un puñado de arena! ¡Por esto yo regreso al hogar de Deryabar!... ¡Queréis saber dónde está ese país fantástico y desconocido? ¡Pues yo os lo diré, amigos míos! Aquí... — dijo, señalando su corazón—. ¡Aquí...! — añadió, mostrando su frente, donde la inteligencia residía—. ¡Y aquí...! — añadió, abrazando hacia su pecho a Shireen, a la que abrazó fuertemente y en cuyos labios se prendió buscando la caricia infinita, incomparable, maravillosa y sutil del beso de la mujer amada, el tesoro más grande y fantasmagórico que puede hallarse en la tierra y que contiene en sí todas las riquezas ilusorias de la isla de Deryabar...

F I N

Dos grandes éxitos de



ENCADENADOS

y

SIMBAD, EL MARINO

publicados por

Ediciones Bistagne

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

E. G. 3/4/11

3/4/11

16.35 6



Coberto F. G. J. SOLER
Proviencia, 50 - Barcelona